

13-222

Lev 1847

1505

33-7-62

128-7

FÁBULAS

147-143

DE

V. REGULEZ Y BRAVO.

SEGUNDA EDICION.

Notablemente corregida,
aumentada con un crecido número de asuntos
é ilustrada con preciosas láminas.

3051

V. Regulez y Bravo

MADRID.

IMPRENTA DE J. LIMIA Y G. UROSA.

Calle de Embajadores, núm. 47.

1871.

Esta obra es propiedad de su autor, y
queda bajo la salvaguardia de la ley,
prévio el depósito que la misma exige.

Á LOS PADRES Y PROFESORES.

Agotada la primera edicion, que como un ensayo publiqué de mis FÁBULAS, y que por su intachable moral y originalidad, tantos elogios obtuvo de vosotros y de toda la prensa; contando con vuestra favorable acogida, me decido á publicar esta segunda edicion, la cual, teniendo en cuenta las observaciones de distinguidos profesores, he mejorado notablemente, sin alterar su precio, añadiendo nuevos asuntos, que ocupan más de sesenta páginas; haciendo una escrupulosa correccion de todo el libro, y adornándole con bonitas láminas de reputados artistas. Esto llevo á cabo con el deseo de hacer de mi coleccion de

Fábulas un libro de lectura moral en verso castellano, que siendo de utilidad, instruccion y recreo para los niños, sea aceptable para todos los Establecimientos de enseñanza, y para todos los padres de familia ó encargados de la educacion é instruccion de la niñez.

A LOS NIÑOS.



QUERIDOS: Siento un verdadero placer al dedicaros envueltas en mis desaliñados é incorrectos versos, y adornadas, siquiera sea con flores de mal gusto literario, algunas máximas morales, algunas verdades provechosas.

Para vosotros escribí estas *Fábulas*; aunque en ellas como en todas oigais hablar á los animales, y aún alguna vez á los seres inanimados, sabed que es cosa propia del género de composición de que se trata; no creais por eso que en tiempo alguno haya habido más criatura que el hombre capaz de expresar sus ideas por el precioso don de la palabra.

Pero como es muy natural el afán de saber por qué el fabulista busca con preferencia sus personajes entre los seres irracionales, yo creo muy del caso contaros una historieta, que puede satisfacer cumplidamente vuestro deseo

Y vá de cuento por la primera vez.

LA ABUELITA.

I.

En un país remoto, y en tiempo, cuya fecha no hace al caso, vivió una bendita señora, abuela de muchos nietos y dueña de no pocos bichos. Era buena á carta cabal, y aficionada hasta la monomanía á los niños, á los animales y á las flores.

Poseía un delicioso jardín, sitio de toda su predilección, porque en él se hallaban anchas plazuelas y espaciosos paseos para que jugasen los pequeñuelos; frondosos y artificiales bosques, por los que libremente corrian los más conocidos animales domésticos, y lindos cuadros de tantas y tan diferentes plantas y flores cubiertos, que en este punto el más exigente naturalista nada hubiera podido desear que allí no hallase.

De tal manera la amable abuelita mimaba á sus nietos, que éstos llegaron á abusar lastimosamente del bondadoso carácter de la señora, que contaba por

uno de sus días más tranquilos aquel en que sus muchachos sólo la habían obligado á correr con ellos tras las mariposas; á que les diese su peluca para hacer lazos; su papalina para pescar con ella en el estanque á guisa de remanga, sus lentes para remedarla; su devocionario para rasgar las hojas y hacer con ellas pajaritas, ó su báculo para jugar al toro, apalea la fruta y maltratar á los inocentes animales.

Mas como todo se acaba en este mundo, se acabó la paciencia de la señora, cuando despues de muchas censurables travesuras, el más mimado y consentido de sus nietos se empeñó en tomar por su cuenta la educacion del loro que la abuela en más estima tenia; porque el impaciente maestro con tal interés emprendió su tarea, que el pájaro, un tanto torpe, tuvo que tragarse, mal de su grado, el libro que hoja por hoja le fué el muchacho introduciendo por el pico, con la ayuda de un palo.

Como es consiguiente, murió el loro de una indigestion de palabras, siendo su muerte causa de profundo pesar para la abuelita, que creyó llegado el momento oportuno de reprender por vez primera al autor del *loricidío*.

Reunió á sus nietos, y en presencia de todos censuró severamente la conducta del inhumano maestro. Quedó el muchacho muy sorprendido con tan inusitada reprension. Su amor propio exagerado

habia sufrido el primer revés; así que á las preguntas é indagaciones de la anciana,

Despues de *hacer pucheros* breve rato,
Contestó sollozando:—¡Ha sido el gato!

Disgustó á la señora la disculpa, porque sabia que era falso lo que el travieso rapaz acababa de decir, y alzando la voz, cuanto sus desnudas encías le permitieron, exclamó:

—¡Oiga usted, bribonzuelo, esa no cuela!
¡No venga con mentiras á su abuela!

Continuando su sermon de moral, que produjo un efecto muy diferente del que la buena anciana se proponia obtener, porque el niño enfermó de coraje al verse reprendido, y para curarle no sólo tuvo la señora que arrepentirse de lo que habia hecho, sino que se vió en la precision de apurar los mimos y las contemplaciones, y áun convenir en que su nieto era inocente, y culpable el gato, y nádie más que el gato.

II.

Pronto el muchacho se mejoró y puso en disposicion de dar al traste con la cabeza mejor organizada, y como la abuela hizo propósito de no volver á

reprender á ninguno de sus nietos, fué cosa digna de verse el incremento que tomaron en pocos dias las travesuras de los muchachos. Pero la señora todo lo sufría con paciencia, prefiriendo la pérdida de su tranquilidad é intereses á dar el más ligero disgusto á sus nietos.

Nada quedó en el jardín que no estropearan; y el maestro del loro se encargó de dar el golpe maestro en casa de su abuela. Tenía esta buena señora, entre otros muchos, el retrato de una hermana suya, jóven y hermosa, cuyo lienzo era obra de un reputado artista; pero sin duda no estaba á gusto del niño, cuando éste determinó retocarle. Al efecto, tomando un tintero y una brocha, trazó á la hermosa unos soberbios bigotes, y se preparaba para delinear la perilla, á tiempo que llegó la abuela, cogiéndole in fraganti delito de *brocha gorda*.

A pesar de este nuevo disgusto, la buena anciana se retiró con cautela, y haciendo venir á los niños, les fué preguntando en presencia del emborronado retrato, quién creían que pudiera haber hecho aquello.

Todos afirmaron que no tenían parte en el trabajo, acabando por echar la culpa á un mono bastante enredador que en la casa estaba. Pedían á gritos la muerte del gato y la del mono, cuando se presentó el impertérrito *facedor de entuertos*, di-

ciendo que él habia muerto á los dos animales culpables.

Viendo la abuela que nada adelantaba con enfadarse, aparentó quedar satisfecha, y retirándose pensativa, dió en buscar la mejor manera de corregir á sus nietos sin reprension directa.

III.

Mandó que en secreto disecáran el mono y el gato, y que, hecho esto, los colocáran sobre una tarima hueca, dentro de la que cabian dos hombres, que en el momento oportuno dirigirian cada cual su voz por los ocultos conductos que terminaban, el uno en la boca del gato, y el otro en la del mono.

Trascurrido el tiempo necesario para arreglar el ingenioso aparato que acabo de indicar, la abuelita se presentó á sus nietos participándoles con exageradas demostraciones de sorpresa, que los culpables animales recientemente muertos, habian resucitado y hablaban, como suele decirse, hasta por los codos.

Corrieron los niños á presenciar tan maravilloso caso, y ¡cuál fué su sorpresa al oir que el mono y el gato se censuraban mutuamente, echándose en cara los vicios y malas inclinaciones que tenian, y

las fatales consecuencias que de aquellas faltas debían esperar!

Tan á lo vivo lo hicieron, que los niños, oyendo la voz de la conciencia, se dijeron para sí:

Ambos hablan con razon;
y no hay duda que sus vicios,
segun todos los indicios,
nuestros propios vicios son.

Leccion es graciosa y buena
la que nos viene á enseñar,
el modo de escarmentar
en una cabeza ajena.

Y efectivamente; los niños escarmentaron y se corrigieron sin que se ofendiera su amor propio.

Hé aquí, queridos lectores, el objeto principal de la fábula: esta composicion, como la abuelita del cuento, se vale de los animales para censurar los vicios y las malas costumbres que la sociedad abriga en su seno, sin herir la susceptibilidad ni el amor propio de los hombres.

Tal es tambien el objeto que con este humilde libro se propone conseguir, en la parte que pueda, vuestro más cariñoso amigo

EL AUTOR.

las familias que se venían a vivir en el pueblo de San Juan.

En el año de 1800, cuando se celebró el primer Congreso de la Nación, se acordó que se celebrara en el pueblo de San Juan.

En el año de 1801, cuando se celebró el segundo Congreso de la Nación, se acordó que se celebrara en el pueblo de San Juan.

En el año de 1802, cuando se celebró el tercer Congreso de la Nación, se acordó que se celebrara en el pueblo de San Juan.

En el año de 1803, cuando se celebró el cuarto Congreso de la Nación, se acordó que se celebrara en el pueblo de San Juan.

En el año de 1804, cuando se celebró el quinto Congreso de la Nación, se acordó que se celebrara en el pueblo de San Juan.

En el año de 1805, cuando se celebró el sexto Congreso de la Nación, se acordó que se celebrara en el pueblo de San Juan.

En el año de 1806, cuando se celebró el séptimo Congreso de la Nación, se acordó que se celebrara en el pueblo de San Juan.

En el año de 1807, cuando se celebró el octavo Congreso de la Nación, se acordó que se celebrara en el pueblo de San Juan.

En el año de 1808, cuando se celebró el noveno Congreso de la Nación, se acordó que se celebrara en el pueblo de San Juan.

En el año de 1809, cuando se celebró el décimo Congreso de la Nación, se acordó que se celebrara en el pueblo de San Juan.

En el año de 1810, cuando se celebró el undécimo Congreso de la Nación, se acordó que se celebrara en el pueblo de San Juan.

En el año de 1811, cuando se celebró el duodécimo Congreso de la Nación, se acordó que se celebrara en el pueblo de San Juan.

En el año de 1812, cuando se celebró el decimotercer Congreso de la Nación, se acordó que se celebrara en el pueblo de San Juan.

LIBRO PRIMERO.

DEDICADO Á LOS NIÑOS.

FÁBULA PRIMERA.

EL JUICIO DE JUPITER.

Cuéntase en mitológicos anales
Que Júpiter citó á los animales
Al pié de las olímpicas regiones,
Para juzgar de todos las acciones.
Y que allí, de su rígido y severo
Númen, por el mandato justiciero,
Fueron llegando á fuerza de alguaciles,
Aves, peces, mamíferos, reptiles.

Pronto la faz de Júpiter fulgura
Sobre una nube pavorosa, oscura.
Millones de animales en el llano
Esperan el castigo soberano.

.....
Al fin el Númen los juzgó indulgente,
Diciendo, segun dicen, lo siguiente:

— Animales: Frecuentes, infinitos
Y repugnantes son vuestros delitos;
Pues á mí me ofendisteis con encono;
Y llegaron lamentos á mi trono,
Y demandas y quejas lastimeras
De corderos heridos por las fieras,
Y de pequeños peces ¡Sí; señores!
Que á tragárselos iban los mayores;
Y áun de esas criaturas maldecidas,
De esos viles insectos suicidas (1).
Sabed, pues, que estos crímenes me afligen;
Y sabed que si al fin no se corrigen,
Os hago á todos de las llamas pasto,
O bajo de mi trono y os aplasto.
Y Júpiter, lanzado el anatema,
De allí se retiró con mucha flema.

*En esto, son los brutos como el hombre:
Que escarnece de Dios el santo nombre,
Faltando con estúpido cinismo,
A su Dios, á su hermano y á sí mismo,
Olvidando que sólo halla placeres
Verdaderos, quien cumple sus deberes.*

(1) Tales son los llamados generalmente *gusarapas*, que, apenas han depositado sus huevos en el fondo de los rios, trepan por las piedras para buscar la muerte que encuentran en el instante que abandonan las aguas.



FÁBULA II.

EL ESCULTOR Y EL PALETO.

Juan Monegro el escultor,
compró un nogal á un paleta;
y á más de un lindo boceto
del divino Redentor,

sacó Monegro en un mes
del tronco duro y nudoso,
un san Miguel valeroso
venciendo al diablo. Despues,
fué el rústico, de más reales
siguiendo ansioso la pista,
al estudio del artista
á vender otros nogales.

—¡Deo gracias! gritó á la puerta.

Le respondieron: entró;
y apénas las obras vió,
con tamaña boca abierta,
dijo á don Juan muy formal,
mirando atento al retablo:

—¿Pero de veras el diablo
tambien es de mi nogal?

—Quién lo duda..... (¡Qué simpleza!)

—Pues yo llegué á comprender
que el Angel y el Lucifer
eran de distinta pieza,
ó bien de distinto palo;
y esto creí y esto creo,
que uno es guapo y otro es feo,
y uno es bueno y otro es malo.

—Es verdad, dijo risueño
don Juan; mas ten entendido
que vencedor y vencido

yo los formé de tu leño:
porque dándome herramienta,
y mármol, madera, ó yeso,
formar diablo ó ángel, eso
corre luégo de mi cuenta.

*Artista es la educacion
que puede, sin distincion,
hácia el vicio ó la virtud
dirigir el corazon
de la tierna juventud.*



FÁBULA III.

EL INGERTO.

Empeñábase un rústico aldeano
En hacer criar nueces á un manzano:
En vano le advirtieron su locura
Con razones de buena agricultura,
Todos los labradores de más seso:
El rústico siguió tieso que tieso.
Cien veces viene, vá, torna á la huerta,
Y púas ciento en el manzano ingerta.
Pero... fueron sus pruebas, pruebas vanas:
Nunca el manzano dió más que manzanas.

*¡Y aún ponderan de muchos el talento,
Porque son en tratar ciertas cuestiones
Parecidos al rústico del cuento!*

FÁBULA IV.

LA PRECOCIDAD FUNESTA.

Al billar, y no á clase, fué un chiquillo,
Y como era tan bajo
Que á la mesa alcanzaba con trabajo,
Saltó una bola y le quitó un colmillo.

*No aprendais cuando niños ¡oh lectores!
Juegos que propios son de los mayores.*

FÁBULA V.

EL IGNORANTE.

Sobrino era de Pablo Barbacana,
Pio Chispa y Botana;
Muchacho tan frescote y tan robusto,
Que el verle solamente daba gusto.
Pero es el caso, que segun yo entiendo,
Nunca el jóven audaz como bebiendo
Estaba en su elemento; y como el viejo
Conservára un tonel de vino añejo,
Fuera de los alcances del sobrino,
Este, que se abrasaba en sed de vino,
Empezó á discurrir de qué manera
Podria, sin que el tio lo supiera,
Hacer una visita
Al tinto de Aragon, que sin espita
Por muy fuertes vinícolas razones,
Largos años llevaba en sus prisiones.
—Hagamos una prueba, que de fijo
No saldrá mal, el bebedor se dijo.
Y sin mucho trabajo,
Un agujero arriba y otro abajo

Practicó en el tonel. En el momento,
Con éxito feliz su pensamiento
Vió coronado, pues corrió una fuente
Del líquido excelente,
Con lo que pudo á su sabor el chico
Varias *monas* tomar, y dar un *mico*,
Al ignorante tío, pues tapado
El agujero arriba practicado,
Por donde el aire entraba,
El vino al punto de salir cesaba,
Sin que el menor indicio
Hiciese sospechar el artificio.
Así pasó el Agosto
Sin que Pablo probase el rancio mosto;
Pero llegando al fin la sementera,
Fué preciso quitar la tapadera.
¡Aquí te quiero Pablo!...
Faltaba la mitad del vino.—¡Diablo!...
Exclamó el pobre viejo: ¿Cómo es esto?...
¿Quién y por dónde me ha robado el resto?
Y quedóse despues meditabundo.
—¡Robar he dicho!... ¿Pero en qué me fundo?...
Decia arrepentido el aldeano,
Si la tapa quitó mi propia mano...
Por arriba no fué... ¡Me vuelvo loco!...
Y lo que es por abajo ¡quía! tampoco...
¡Pues si á los ojos salta

Que es por arriba donde el vino falta!...
Así escuchaba satisfecho Pio,
Las muestras del talento de su tío,
Que el tonel contemplando no sin susto,
Santiguóse diciendo:—Claro... justo...
Pues allá en su conciencia dió por cierto,
Que las brujas causaron el entuerto.

*Aprende, niño, porque al fin y al cabo,
Si estás sin instruccion serás esclavo.
Gente hay que sueña con hallar ganancia,
Esplotando el filon de la ignorancia.*

FÁBULA VI.

EL BUHO Y EL SAPO.

Ya entre dos luces,
cerca de un charco,
profundamente
dormía un sapo.
Viéndole un buho,
que en un peñasco
próximo estaba
filosofando,
(porque no hay duda,
quien es tan raro
que vive sólo
y en despoblado,
si no es bandido,
ni es ermitaño,
ó es un gran bestia
ó es un gran sabio.)
—¡Hola!..... le dijo,
despierta hermano,
que la cigüeña
se va acercando,
y el prevenido

vale por cuatro.

—¡Qué prevenido,
ni qué ocho cuartos!...

dijo el escuerzo

con voz de bajo,

¡calle el nocturno,

y el torpe pájaro!

—¿El torpe dices?

—Y el feo, añado.

—Pues qué, ¿no sabes
que causas asco?

—¡Calle el que muge
como los vacos!

—Calle el hidrópico
de sucio fango.

—Y el metijoso...

—Y el vil ingrato...

—¿Pero, señores,

á dónde vamos

á parar? dijo

con tono enfático,

cierta raposa

que estaba al paño;

vuestras palabras

sirven de escándalo

á los corderos,

y á los gazapos,

y á las gallinas,
y áun á los gallos...
¡Y vuestro ejemplo!...
¿No hará gran daño
á los pichones
tiernos é incautos?...
Sin más disputas,
uno de entrambos
diga la causa
del altercado.
El buho entónces,
sucinto y claro,
á la raposa
contóle el caso.
—Fuiste el culpable,
dijo ella; y fallo
que eres, amigo,
bastante zafio.
Oye las frases
de un zorro anciano,
que sabe mucho...
más que el Tostado.

*Si por favor desprecio
recibe, no se queje
cualquiera que aconseje
á un orgulloso necio.*



FÁBULA VII.

LA RAPOSA Y EL GATO.

Una zorra con la astucia
que le prestó la experiencia,
y con su escasa conciencia,
tan escasa como sucia,

despues que valles y oteros
regó con sangre inocente,
matando bárbaramente
los chivos y los corderos,

vino á unirse con un gato
vagabundo y licenciado;
no por contrato amoroso,
por un criminal contrato.

Para hacer horrible riza
en pollos y palominos,
y robar á los vecinos
el lomo y la longaniza,

á la zorra el zapiron
lleva del hogar el plano;
y ella en el bosque cercano,
estudia la posicion

del establo y del granero;
la salida del pajar,
la entrada del palomar,
del huerto y del gallinero,

y en vano el concejo junto
trampas y acechos dispone,
que el gato en el plano pone
donde hay un peligro un punto.

Así la zorra burlando
precauciones tan mezquinas,
fué diezmando las gallinas,

y fué los pollos diezmando.

Y así, miéntras la buscaban
por los riscos y las dehesas,
ella y el gato sus presas
en dulce paz se cenaban.

Pero una tarde pisó
la zorra, con suerte escasa,
los umbrales de la casa
en donde más se ensañó,
pues miéntras su garra aleve
con roja sangre teñía,
copiosa el suelo cubria
la pura, la blanca nieve.

Como las zorras no van
por el aire, paso á paso
por el suelo blando y raso,
la del cuento fué al zaguan.

De allí, sin susto ni pena,
marchó, porque ya era tarde,
donde el cómplice cobarde
la esperaba con la cena.

Y los dos, sobre las blancas
pajas, tranquilos comian,
sin ver que ya los seguian
con escopetas y trancas.

—¡Vivan los zorros! dijo ella.
—¡Vivan las gatas! dijo él.

Cuando en confuso tropel,
siguiendo reciente huella,
llegaron al corto rato
seis zagales y un mastin,
que dieron sangriento fin
de la raposa y el gato.

*No comprende el criminal.
con sus ardides ufano,
que tiene encima la mano
de la justicia de Dios:
ni ve su infame camino
marcado con rojas huellas;
ni que marcha de él por ellas
la humana justicia en pos.*

FÁBULA VIII.

LA FAMILIA ODIOSA.

Próxima á cometer el suicidio,
La ociosidad casó con el fastidio;
Y de esta union, aunque enfermiza y séria,
Nacieron la pereza y la miseria.

*Si es que no quieres ser muy desgraciado,
De tan viciosa y mísera familia,
Huye sin vacilar, lector amado.*

FÁBULA IX.

EL CRONOMETRO INGLES.

Por trescientos escudos compró Andrés
Un cronómetro inglés.
No era el hombre en sus gastos muy metódico;
Le pareció el reloj de un precio módico;
Y en verdad que la alhaja,
De máquina segura y linda caja,
Asegurarse puede que valia
Lo que costado habia.
Pero lo más gracioso, lo más grave
Que del caso se sabe,
Es que el reloj magnífico, excelente,
Era, ordinariamente,
Por un raro capricho de su dueño,
Para marcar las horas como un leño;
Pues fué muy pocas veces consultado
Sin hallarle parado.
Los amigos á Andrés le echan en cara
Del cronómetro inglés la hazaña rara,
Diciéndole con sorna peregrina,
Que es de pino la rueda Catalina;

Y que estaba montado el espiral
Sobre ladrillo, yeso y pedernal.
Aunque Andrés estas bromas no rechaza ,
Contesta negligente , con cachaza :
—Amigos, mi reloj será muy malo ;
Pero, de oro ó de palo,
Marcha con precision cuando me agrada ;
Pues cuando está la máquina parada
No es por ser torpe ó lerda ,
Que es porque se me olvida darle cuerda.

*Aquel que ni se educa ni se instruye,
Que de maestros y de libros huye,
Con su alma hace la gran majadería
Que con su gran reloj Andrés hacia.*

FÁBULA X.

UN VAGO DE SANGRE AZUL.

Diz que fortuna á probar
camino de Albarracin,
iba un hidalgo harto ruin;
llevando al hombro su ajuar
metido en un calcetín.

Deiante el largo camino,
para sus piernas de alambre,
detrás el negro destino,
en la bolsa el pergamino
y en el estómago el hambre.

Con franqueza natural,
al verle un gañan tan mal,
llegó al hidalgo á ofrecer
si queria ser zagal,
sueldo, ropa y de comer.

Y con ira mal cubierta,
don Alvaro de Altapuerta,
tronado hidalgo de Priego,
escuchó del buen labriego
la humilde y rústica oferta.

Bajo el oficio creyó;
y harapiento y sin un cuarto,
aquel día le obligó
tanto el hambre, que mascó
una alpargata de esparto.

Mas su orgullo no domaba,
y como el trabajo huía
por no ultrajar su hidalguía,
tanto por fuerza ayunaba,
que en mómia se convertía.

Cerró el ojo, y dicen que
exclamó al morir así:

—Con una duda me iré,
creo que sino comí
fué por que no trabajé.

*Hombre, niño y mujer tengan presente,
Que la mejor nobleza es el trabajo:
Que el vago es un vicioso y un demente,
Pues no hay ruin profesion ni oficio bajo
Cuando se gana el pan honradamente.*

FÁBULA XI.

EL GLOTON.

Al hijo de doña Ana y de su esposo,
Por ser gloton, devorador ansioso,
Le dió tan fuerte empacho,
Que al punto se murió: ¡Pobre muchacho!

*Nunca seais ansiosos ni glotonos;
Entre muchas razones
Que á la moral afectan de la infancia,
Por no morirse así tan sin sustancia.*

FÁBULA XII.

EL GALGO Y EL PUCHERO.

Alto y estrecho y hambriento,
tenia en su casa Juan
un galgo, cuyo alimento,
segun dicen era el viento
que es más ligero que el pan.

A matar su hambre canina
ingeniándose sutil,
entró un dia en la cocina;
y despues que á la cecina,
al aceite del candil,

al jabon del fregadero
y á los tronchos de verdura,
ahuecando el tragadero
dió en su vientre sepultura,
la boca olió de un puchero.

En el cual guardada habia
—segun la crónica diz—
una estofada perdiz,
que del banquete del dia
cercenó la fregatriz.

Como el ave succulenta,
con su sal y su pimienta,
del puchero estrecho y hondo
estaba, por lo que es cuenta,
descansando sobre el fondo.

Discurre el galgo y tropieza
con los bordes del gollete,
pero al fin con sutileza
dentro del puchero mete
el hocico y la cabeza.

Quiere apretar con exceso
para cojer la tajada,
dejándose á un lado el hueso;
más por su larga guijada
queda en la vasija preso.

Y á ciegas, sin direccion,
sin aire que respirar,
con su portátil prision,
tuvo el pobre que rodar
de escalon en escalon.

Juan, por el ruido llamado,
sin que á contenerse acierte,
viendo al galgo de tal suerte,
esto dijo amostazado
con voz grave, clara y fuerte:

—¡Hola, señor tunante!...

*cual mereces estás en este instante.
Por lo cual no te quito
el bozal que te ha puesto tu apetito.
Que es al vicioso saludable y bueno
en el vicio encontrar castigo y freno.*



FÁBULA XIII.

EL CONCIERTO.

Dejando el soto, el bosque y los jardines,
Mirlos, garzas, calandrias, colorines,
Y otras cien aves de sonoro pico,
Cuyos nombres por múltiples no indico,

Buscaron diligentes en poblado
Teatro ricamente decorado,
Donde dar un concierto sin segundo
En los anales músicos del mundo.
Concurren profesores de ambos sexos,
Con sus papeles, remilgados, tiesos...
Los pájaros con guantes y levitas,
Con vestidos de gró las pajaritas;
Y la escogida concurrencia, toda
Con trajes á lo inglés, de última moda.

Llega la *prima donna* que es la urraca...
Cada cual se coloca en su butaca;
Y un grajo milanés, largando la uña,
Magistralmente la batuta empuña.
Da principio por fin la sinfonía,
Conjunto de horrorosa algarabía;
Y apenas vibra la postrera nota,
Entusiasmado el público alborota.

Cantan luégo, yo creo que un terceto,
Mas no sé si de *Norma* ó *Rigoletto*,
La urraca, la gallina y el chorlito:
—Sin duda porque el traje era bonito
Con que los tres al público salieron—
Aquí los ¡bravos! los aplausos fueron...
¡Que se repita! En uno y otro lado,
Grita el público loco, entusiasmado...
Graznan segunda vez nuestros cantantes,

Y vuelven á aplaudir los circunstantes.

Sigue un descanso. Caballero y dama
Esto ven sin sorpresa en el programa:

Canta de *El Trovador*

Un ária el ruiñeñor.

Sale el cantante con modestia suma,
Sin más adorno que su parda pluma;
Y el público *ilustrado, inteligente,*
Le acoge con murmullos impaciente.

Dulces trinos produce su garganta,
Pues como un ruiñeñor al cabo canta;
Mas ¡ay! inútil mérito y trabajo...
Silban al ruiñeñor de arriba abajo;
Y arrojan á sus pies en vez de flores
Rábanos, peregil y coliflores.

El pájaro canoro, confundido,
Esto se fué cantando hácia su nido:

*Grima causa y da coraje
El ver que el arte ó la ciencia
De cualquiera personaje,
Se estiman por la apariencia,
Y se miden por el traje.*

FÁBULA XIV.

EL MILANO.

Un milano las uñas
clavó á un pollito ;
pero al milano un perro
le hincó el colmillo.

*Que el sino cierto
es del que á hierro mata
morir á hierro.*

FÁBULA XV.

LA COCINERA Y EL PINCHE.

Le dijo á Juan Bueno el pinche
Josefa la cocinera:

—¡Amigo, es usted un Juan
como hay pocos en la tierra!
Pero tomando el buen hombre
su nombre por una afrenta,

—¡Yo Juan! exclamó con ira
y mal oculta vergüenza.

—¡Pepita que usted me insulta!...

—¡Mire lo que dice, Pepa!...

¡Pepa, no me falte usted,
porque me sobra destreza
para coger estos hierros
y retorcerle la lengua!

Esto dijo echando mano
á las tenazas, que cerca
se encontraba de una hornilla
de rojos carbones llena;
mas que al revés las cogiese
quiso la fortuna adversa,

pues imprudente y ligero
las cogió por las paletas,
que estaban de coger ascuas
punto ménos que ascuas hechas.

Con lo que el pobre Juan Bueno
se abrasó de tal manera,
que por milagro de Dios
Juan Bueno el percance cuenta.

*Fábio, si eres malicioso,
yo te aconsejo la enmienda;
pues la anterior fabulilla
bien claramente nos prueba
que no conviene tomar
las cosas por donde queman.*

FÁBULA XVI.

EL ALCALDE Y EL MONAGO.

Trátase de un alcalde de una villa
De la hidalga Castilla;
De esos á quienes tapa
De paño burdo la pesada capa.
Alcalde con calzones,
Albarcas y polainas y zajones;
De los que nunca inclinan la justicia
Por favor ni codicia;
Pues la vara, que llevan muy ufanos,
Derecha empuñan con entrambas manos.

Sujeto, pues, de tan apuesta facha
—¡Qué lástima de tacha!...—

Era la quinta esencia del orgullo;
Gustaba, en fin, de adulator arrullo,
Pues que necio exigía
Que todo el mundo le llamára usía.

Y sin duda por-eso,
Periquillo, muchacho muy travieso,
Siendo en todas las fiestas necesario,
Pues le estaba encargado el incensario,

Daba al alcalde con afan notorio,
Al llegar de la misa el ofertorio,
Tal cantidad de incienso,
Que el alcalde al orgullo tan propenso,
Dilata la nariz, abre la boca,
Y allá en su presuncion imbécil, loca,
Sospecha que se sube
Al cielo envuelto en la olorosa nube.

Por esto al buen Perico,
Cada vez que montado en su borrico
Pasaba por la puerta del concejo,
A tiempo que vaciaban un pellejo,
De la gracia infantil en justo pago,
El alcalde mandaba darle un trago.
El palurdo adulado incienso oliendo,
Y el niño adulador vino bebiendo,
Fueron así marchando,
Cada cual su negocio especulando,
Hasta una tarde en que tras burra parda,
Sin bozal, cabezon, manta ni albarda
El borrico de Pedro en un cercado
Se coló de rondon el condenado.
Mas ¡ay! apenas el jumento muerde
Cinco matas ó seis del trigo verde,
El alcalde le ve, se encoleriza,
Y despues de pegarle una paliza,
Autoridad tan culta,

Prision decreta contra el burro, y multa.
El monago defiende á su jumento;
Pero el alcalde prueba su talento,
Mostrando á los presentes,
Del culpable animal los sucios dientes.
Pedro que con los ruegos nada alcanza,
Discurre su venganza.

Era en la villa del patron la fiesta,
Y habia misa con sermon y orquesta.

A la funcion acuden los primeros
Multitud de curiosos forasteros.

Viene el ayuntamiento de la villa
Y cada cual ocupa su banquilla.

Ancho en la suya, del altar enfrente,
Se sienta el presidente,
Que en actitud ridicula, altanera,
Tan sólo el humo del incienso espera.

Llega, por fin, el venturoso instante...
Nuestro alcalde se inclina hácia adelante,
A tiempo que muy serio
Baja del presbiterio
Perico el monaguillo,
Agitando el candente braserillo.
Echa el incienso en los carbones rojos;
El alcalde lo ve, cierra los ojos
—De gusto ¡quién lo duda!—
El monago se acerca, le saluda,

Toma fuerza despues, alarga el brazo...
Y le atiza tan fuerte incensariazo,
Que el pobre alcalde se tragó tres dientes
A más de los dolores consiguientes;
Y con la cara hinchada,
Y despues de dejar encomendada
La presidencia al regidor Pepinos,
Por entre sus vecinos,
—Dispensad si en la frase me propaso—
Salió lo que se llama *haciendo el paso*.

*Quien de la baja adulacion sediento
No paga al que le adula con favores,
Tarde ó temprano se verá, lectores,
Como se vió el alcalde de mi cuento.*



FÁBULA XVII.

EL MUCHACHO Y LA COMETA.

A una cometa
de tafetan,
con una cola
descomunal,

puso un muchacho
de corta edad,
cuerda bastante
para llegar
hasta las nubes
y un poco más;
y en el cerrillo
junto á San Blas,
de lo más alto
la echó á volar.

Hacia un viento
cierzo tenaz,
que por sus ímpetus
era huracan.

—Mira, diablillo,
lo que hacer vas,
dijo un inválido
del *Atochar*
al impertérrito
chiquillo audaz:
que el viento arrecia
cada vez más,
y si te arrastra,
lo pasas mal.

Pero el muchacho
responde—¡Quiá!
tengo yo mucha

serenidad;
y muchos humos.....
y fuerzas..... ¡va!

En las Peñuelas
soy capitan
de los del barrio
del Hospital.

La cuerda al brazo
consigue atar;
en esto arrecia
la tempestad,
y el viento tira
con fuerza tal
de la cometa,
que el chico va
subiendo un trecho
muy regular.

.....
Perdido estaba,
cuando el ramal
se partió al peso
del perillan,
que sobre el suelo
tal golpe da,
que bien podemos
asegurar
vive por rara

casualidad.

*Tan apurado
como el rapaz,
todo imprudente
se encontrará
que hácia el peligro
quiera marchar
con insensata
temeridad.*

FABULA XVIII.

EL LORO Y EL GATO.

Bien repitiendo con posturas varias
Sus frases rutinarias,
Bien imitando del chiquillo el lloro,
En su anchurosa jaula estaba un loro,
Encanto de una niña con fortuna,
Aficionada á bichos cual ninguna,
Que pasaba las horas dulcemente
Cuidando diligente
Canarios, tortolillas, codornices,
Ruisenores, gilgueros y perdices;
Que era el balcon de nuestra niña, en suma,
Un almacen de pluma.
Cuidaba bien la jóven tantos bichos;
Pero al loro, el mejor de sus caprichos,
Tratábale con tanta preferencia,
Que los otros perdieron la paeiencia;

Y al pájaro extranjero, con enojos
Le tuvieron entre ojos,
O más bien entre pico:
Conducta que me explico
Teniendo en cuenta que donde hay envidia
No ha de faltar calumnia ni perfidia.
Los pájaros del cuento,
Que pasaban de ciento,
Esclavos de unos vicios detestables,
Miraban los progresos admirables
Que el loro hacia en las palabras sueltas,
Pues no hay que darle vueltas...
Aves hay en el campo y en las jaulas
Que, siendo grandes maulas,
Se pelarán de envidia y de coraje
Si otra las vence en pico y en plumaje.

Hasta un mirlo sin pluma y una urraca
Fueron á dar matraca,
Ella desvergonzada y él ladino,
Al pintado hablador ultramarino.

Mas al fin envidiosos y envidiado,
Críticos sin piedad y criticado,
Sus cuestiones zanjadas,
Se hicieron camaradas,
Y cada cual cantó de su manera,
Sin que nádie á su canto se opusiera.

Llegó entónces el gato con sigilo,

Y viendo que el cotarro, ya tranquilo,
Escuchaba al buen loro que al concurso
Pronunciaba un discurso,
Dirigido tan sólo
A combatir la falsedad, el dolo;
Como ser el más falso y el más tuno
Del género gatuno,
Aguardó sentadito sobre el rabo
A que acabára el loro; entónces—¡Bravo!
Gritó, ¡muy bien!... ¡Bien por mi vida!...
Y acercándose al pájaro en seguida,
—Ya que yo por respeto
A tu persona—dijo—me estoy quieto,
Saca, insigne orador, saca la pata
Fuera de tu prision de hoja de lata,
Pues sólo anhelo, hermano,
Entre las mias estrechar tu mano.—
El loro lo creyó: ¡Quién lo dijera!...
Tendió su pata de la jaula fuera.
El gato, ¡claro está! súbitamente
Le echó las uñas y en seguida el diente...
Y el loro desdichado,
De la jaula salió descuartizado,
Merced á los cariños del farsante
Que mintiendo amistad era un tunante.

Muchos lo han dicho ya; mas yo lo digo
Porque es refran de antaño,

Que nunca el mucho trigo
Fué causa de mal año.

*Huye del falso amigo
Que si te pide abrazos,
Es sólo por ahogarte entre sus brazos.*

FÁBULA XIX.

LAS HOJAS Y LOS OJOS.

A los últimos de Abril,
ó á los primeros de Mayo,
fué una tarde al jardin Cayo
con sus hijos Blas y Gil.

Cuando los niños corrieron
tras las blancas mariposas,
de frescas y abiertas rosas
hermosos ramos hicieron.

Y con un placer sin tasa,
entre sus débiles manos,
llevaron los dos hermanos
todas las rosas á casa.

Mas Gil, de las rosas harto,
pronto las fué deshojando,
y con ellas alfombrando
todo el suelo de su cuarto.

Blas reprende tal accion,
y las hojas esparcidas,
en el acto recogidas,
y guardadas por él son.

Con sus helados despojos,
el triste Enero llegaba,
y entónces Gil enfermaba
gravemente de los ojos.

Para curar, como es uso,
afeccion tan dolorosa,
el agua de hojas de rosa
al niño el doctor dispuso.

Mucho hubiera Gil pasado,
pues las hojas recetadas
hubieran sido buscadas,
mas no se hubieran hallado.

Pero Blas con prontitud
sus guardadas hojas saca,
y el mal del enfermo aplaca
de las rosas la virtud.

*De nuestra moral doctrina,
guardad con nobleza y calma
la esencia suave, divina,
que es para males del alma,
la infalible medicina.*

FÁBULA XX.

LOS SUEÑOS.

Vi restos de una historia , banquete de polilla ,
Que dicen que un mancebo dormido se quedó ;
Y á poco con las ansias de horrible pesadilla ,
Greyéndose entre llamas , medroso despertó.
Mas cuentan que el mancebo , del ánimo ya dueño ,
Echándose tranquilo durmióse con quietud ,
Y en brazos de apacible , de suave y dulce sueño ,
Cruzó ilusorios mundos de gloria y juventud.

*Si van las penas
en pos de tí,
no desesperes,
aprende aquí:
que hasta durmiendo
prueba el mortal
partes iguales
del bien y el mal.*

FÁBULA XXI.

LA LOSA Y LA PIEDRA.

Voy á contaros, lectores,
en forma clara y sencilla,
un cuento que es, á mi cuenta,
cuento que en historia pica.

Ya sabéis los personajes
de que gusta el fabulista;
por tanto no extrañareis
que aquí las frases se escriban
de una losa de la acera,
y una piedra rodadiza.

En Madrid, mi dulce patria,
la noble, la esclarecida,
capital de un pueblo hidalgo,
honrada y sensata villa,
se oyó el diálogo siguiente
en una pública vía:

«Yo no sé, — dijo una losa
de la acera recta y lisa,
á una piedra que rodando
por el arroyo venia; —

no sé qué placer encuentras
en tu vagamunda vida :
Te pueden partir las ruedas
de la ligera berlina ;
con que si en tí tropezasen
las pesadas y macizas
de los carros de mudanzas,
polvo invisible te harían.
Además, estás expuesta
á que cualquier granujilla,
llevándote á la pedrea,
te lance al aire en la liza.
Repito que no comprendo
qué placer lo dicho brinda. »
A esto respondió la piedra,
con maliciosa sonrisa :
— « Permíteme, cara hermana,
cuya cara todos pisan,
aunque lo lleves á mal,
permíteme que te diga
que si un carruaje sus ruedas
pone en mí, por su desdicha,
en volcarle cifro toda
mi ventura y mi alegría ;
y si un travieso muchacho,
con la intencion más dañina,
contra el prójimo me lanza ;

ventura inmensa, inaudita,
siento al bañarme en la sangre
que hago brotar de la herida.—
—¡Basta! exclamó un buen obrero,
que oyó á la piedra, con ira;»
y enarbolando el martillo,
en breve tiempo, hecha trizas
se vió por el hombre honrado,
que al machacarla decia:

*Eres viciosa, criminal, cobarde.
¡Toma, pues haces de tu vicio alarde!
Para gente tan ruin, razon enseña
Que no hay otra razon como la leña.*

FÁBULA XXII.

LOS DOS HIDALGOS.

Hidalgos hijos del sin par Toboso,
Eran don Juan Millon y don Luis Cero;
Rico, perverso, déspota el primero;
Pobre el segundo, honrado y bondadoso.

Mas de éste el oro al fin turbó el reposo;
Lo que quiere decir en castellano,
Que Dios dejó al hidalgo de su mano,
Y el diablo se encargó del ambicioso.

Por cada vicio que don Luis mostraba;
Don Juan á su colega, con largueza
Diez escudos de renta le asignaba.

*Y á la cumbre llegó de..... la vileza
Aquel don Luis que imbécil demostraba
Vender virtud para comprar riqueza.*

FÁBULA XXIII.

LA VELETA Y LOS PUNTOS CARDINALES.

En un círculo de acero,
con arte soldó un herrero
las doradas iniciales
de los puntos cardinales;
y del círculo en el centro,
porque de él girase dentro,
delgada veleta alzó,
en la que un hombre trazó
inclinado hácia adelante
en actitud humillante.

Señores, la cosa es llana;
nuestro herrero no era rana,
pues supo hacer ¡voto á Crispa!
un trabajillo de chispa.

Pero volvamos al cuento.
El hombre-veleta, al viento
que con más fuerza soplaba
respetuoso saludaba;
haciendo por consiguiente,
ora al Ocaso, al Oriente,

al Norte ó al Mediodía
su profunda cortesía.

Por tan ruin inconsecuencia,
clamaron en competencia
Norte, Sud, Este y Ocaso:
oyó la veleta el caso
como quien oye llover;
y, obligada á responder
optando direccion fija,
dijo:—¿Pretendeis que elija
de los cuatro puntos uno,
cuando á todos y á ninguno
tan grande afecto profeso?
¡No es fácil que logreis eso!...
pues yo giraré de suerte
que agrade al viento más fuerte,
que no hay para estar en grande
como inclinarse al que mande.

*O no sé adivinar lo que tú sientes,
ó te inspiran horror las malas tretas
de los que en todo son inconsecuentes,
de los que en todo son como veletas.*

FÁBULA XXIV.

LA HIEDRA Y LA ENREDADERA.

Al pié de un fuerte roble
nació una hiedra,
y no léjos brotaba
la enredadera.

Plantas vecinas,
que en trepar por el árbol
su anhelo cifran.

Vigorosa y osada
la hiedra crece,
y del roble sus tallos
el tronco envuelven;
y hasta el ramaje,
suben de verdes hojas
las espirales.

Tambien la enredadera
trepar pretende;
pero la hiedra dice
que no consiente.

Una suplica;
y otra en lo alto se rie
con ironía.

Así la débil planta,
clamando auxilio,
por el suelo retuerce
sus verdes hilos;

y en tiempo breve,
careciendo de apoyo
se agosta y muere,

entre el frío desprecio
de la que sube,
y orgullosa la insulta
desde la cumbre.

*Bueno es que sepas,
que son algunos hombres
como la hiedra.*

FÁBULA XXV.

JUPITER Y EL TOPO.

Viendo un topo cierto día
saltar á la comadreja,
como él ni áun andar podia,
al cielo elevó su queja
por si Júpiter la oía.

—¿Quieres saltar? dijo el dios;
pon los medios, y trabaja;
que tan sólo así se ataja:
de la comadreja en pos
corre, salta, sube y baja.

—No pretendo ser cual ella,
repuso el topo, eso no;
quiero, aunque pese á su estrella,
ya que por lista descuella,
verla torpe como yo.

—¡Bien á comprenderte llego!
dijo el Númen con despego.
¿Sufres viendo ajeno bien?
Pues eso no lo vé quien
queda para siempre ciego.

¡Hunde, mísero envidioso,
tu cuerpo en la tierra dura;
y ahozando tu sepultura,
vive sin luz ni reposo,
despreciable criatura!

*Ya veis, la envidia al envidioso mata,
¡oh pasión insensata!
pues que en tu mismo daño te recreas,
yo te escupo en la faz. ¡Maldita seas!*



FÁBULA XXVI.

EL FILOSOFO Y EL GANSO.

A las orillas de un lago
que está en un pais remoto,
huyendo del necio mundo
llegó un célebre filósofo.

Sentóse al pié de una encina
de viejo y robusto tronco,
cuyas ramas le brindaban
fruto y techo, que no es poco
para hombre que no ha comido,
y está falto de reposo,
y tiene estómago y sueño,
aunque sean filosóficos.

Allí pensaba vivir
libre, independiente y solo,
sin escuchar de los necios
los discursos pretenciosos,
pues sufría, y con razón,
oyendo hablar á los tontos.

Esto estaba discurriendo,
puesto en el césped el codo,
en la mano la mejilla,
y en el gran lago los ojos,
cuando á turbar de los campos
el silencio misterioso,
llegaron sonoras frases
de un puro y correcto exordio.

Alzó el sabio la cabeza,
y pudo ver con asombro,
que el orador era un Ganso
jóven, simpático y docto,
patizambo, blanquecino,

de ancho pecho y pico gordo,
que con sublime elocuencia,
y cien argumentos sólidos
trataba de convencer
á su acuático auditorio,
de la importancia social
de la sardina y el congrio.

Cuando «*He dicho*» dijo el Ganso,
entusiasmado el Filósofo
gritó: — ¡Magnífico! ¡Bien!
Colega honorable; corro
para poder en la corte
decir en todos los tonos
que sois un ganso muy sabio,
lo que ha de causar asombro;

*Pues discurrendo y hablando
hay, amigo entre nosotros
sabios como gansos muchos;
gansos como sabios pocos.*

FÁBULA XXVII.

LA ABEJA Y LAS MARIPOSAS.

Las abejas son activas;
y yo su virtud alabo;
pero como al fin y al cabo
no hay regla sin escepcion,
os contaré de una Abeja
jovencita y desidiosa
la historia maravillosa,
si me prestais atencion.

Naciendo en rica colmena
de las vegas de Jarama,
creció la Abeja, y es fama
que apenas pudo volar,
para cumplir los deberes
que aunque jóven ya sabia,
un lunes al ser de dia
se alejó del colmenar.

Cruzó el aire embalsamado
bajo un trasparente cielo,

tendiendo alegre su vuelo
sobre flores mil y mil,
frescas hijas de la aurora,
preciosas joyas del mundo,
frutos del gérmen fecundo
que vierte en la tierra Abril.

—¡Ven! exclamaron las flores,
á labrar con diligencia
de nuestra vírgen esencia
blanda cera y dulce miel.

Y en ir nuestra Abeja estaba,
cuando á jugar con las rosas,
de inconstantes mariposas
llegó un pintado tropel.

Que eran ociosas sabia,
pero al mirarlas tan bellas,
la Abeja se fué tras ellas,
y dicen que dijo así:

—¡Qué diablo! pasaré el lunes
en volar por todas partes...
mas yo prometo que el mártes
busco esencias. ¡Eso; sí!

Pero ¡ay! ¡Maldita pereza!
corriendo las horas breves,

mártes, miércoles y jueves,
pasó la Abeja en quietud:

viérnes y sábado en sombras
su sol de fuego envolvieron;
secas las flores, perdieron
su balsámica virtud.

—

Y la Abeja volvió odiada,
de oprobio y vergüenza llena,
sin llevar á la colmena
con qué labrar el panal.

*Fabio: tus deberes cumple;
que si por ocio y placeres
abandonas tus deberes,
serás el baldon social.*

—

FÁBULA XXVIII

ó

PRIMER APÓLOGO-LEYENDA.

EL NIÑO ARTISTA.

I.

Julio, el de los ocho abrilés,
el de la boca risueña,
de ojos rasgados y negros,
de frente erguida y serena,
el niño del cuerpo hermoso,
el niño del alma bella,
hijo de un pintor de historia,
y nacido en Madrid era.

Viendo manejar al padre
el pincel y la paleta,
el niño por la pintura
sintió vocacion sincera;
y cuadernos y paredes,
y pavimentos y puertas,
bocetos son que de Julio
traza la mano inexperta,

á pesar de Maritornes,
que rabia, chilla y pateo,
unida á la gordiflona
y prosáica cocinera.

Porque hizo Julio un cuadrito...

—*La cocina de una venta.*—

donde puso dos mujeres
entre platos y cazuelas,
y trébedes, y sartenes,
y calderos, y calderas;
cuyas mujeres, retratos
de sus domésticas eran.

II.

Para poder más tranquilo
dedicarse á sus tareas,
el niño se bajó al patio,
á tiempo que muy contenta
en el sotabanco estaba
Amelia, niña traviesa,
niña que según sus juegos
de ser niño estaba cerca;
por lo demás muy bonita,
encantadora, hechicera.
Pero ¡ay lectores! hay cosas
que ni con engrudo pegan.

Ella jugaba á los toros
allá arriba, en la azotea ;
ella compraba caballos,
y pistolas de madera ,
sables, gorras de cuartel ,
y tambores, y cometa...

Cuando al patio salió Julio,
la niña con las macetas
en la azotea formaba
castillos y fortalezas.

—¿Qué haces, Julio ?

—Ya lo ves.

—¿Qué haces, vamos!...

—Verte, Amelia.

—¿Vas á retratar mis flores?...

—Voy á copiar la azucena
que, meciéndose en el aire,
sus granos de oro me enseña.

—Yo no quiero que la copies...

—¡Pues que sea enhorabuena !

Y sin hacer caso alguno
de la exigente muñeca,
Julio á retratar se puso
la alba flor en su cartera.
Pero en el papel el lápiz
puesto habia el niño apénas,
cuando un tiesto con el agua,

con las flores y la tierra ,
que adrede arrojó la niña
con la más dañina idea ,
cayó, hiriendo al pobre artista
malamente en la cabeza.
Y hubo escándalo mayúsculo...
y hubo algazara tremenda,
vecinos salen al patio ;
vecinos á la escalera ;
los que por la calle pasan ,
se agolpan en las aceras...
Unos gritan : ¡agua!... ¡fuego!
Otros gritan : ¡que los prendan!...
Y al fin se aplacó la gente
cuando salió la portera
contando lo sucedido,
y algo más de su cosecha.

III.

Pasó un mes. Era una tarde
de la alegre Primavera ,
y Julio, aún convaleciente ,
se fué al Retiro. Allí Amelia
estaba también , provista
de sus anzuelos y cuerdas,
pescando, en la barandilla

del estanque grande puesta.
Por un temerario alarde
de varonil entereza ,
quiso tocar con la mano
los cisnes que allí se acercan ;
mas sin poder retirarse ,
esperando muerte cierta ,
casi rozando las aguas,
queda prendida en la verja.
Llama á su doncella ansiosa ;
mas no acude su doncella.
Y allí sucumbe de fijo
si el niño á tiempo no llega.
El la salvó. De almas nobles
es olvidar las ofensas.

*Si alguno vengarse quiere ,
de Julio á vengarse aprenda.*

FÁBULA XXIX.

EL PICHON.

La inocente paloma guarecía
De garras del milano carnicero,
En un profundo y lóbrego agujero
De un torreón, á su adorada cria.

Con solícito afán y mil desvelos
La madre amante, el ave cariñosa,
Se olvida de sí misma, y no reposa
Por dar calor y cebo á sus polluelos.

Crece como la espuma la pareja ;
Pero hete aquí que de los dos pichones,
El que tiene más largos los cañones,
Para ensayar su vuelo, el nido deja.

Haciendo pinos al cruzar el muro,
Alarga la cabeza y la retira,
Y al fin y al cabo sorprendido mira
El ancho espacio trasparente y puro.

Viendo desde el balcon alto y aislado,
Bandadas de palomas que veloces
En busca van del trigo que las hoces
Dejaron por el campo abandonado,

Quiérelas imitar; el agujero
En sus alas fiado al punto deja.
Lánzase al aire, mas de teja en teja
El suelo viene á ser su paradero.

Y de su audacia víctima el pobrete,
Perece sin piedad entre la garra
De un travieso muchacho que le agarra,
Y tostarle en seguida le promete.

*Niños, los que de diez á doce abriles,
Hombres deseais ser adelantados,
No pretendais volar sin tener alas,
Porque igual que el pichon sereis pelados.*

FÁBULA XXX.

EL HURACAN Y POLVO.

Silbando airado el huracán bravío,
Al súcio polvo que llevó á las nubes.
Díjole:—A demostrar mi poderío
A las regiones de los vientos subes.
—Descuida, exclamó el polvo; yo tu brio
Al cielo mostraré y á los querubes,
Que aunque te calmes ó tu rumbo tuerzas,
Para hacerlo sin tí me sobran fuerzas.

Así el polvo orgulloso se olvidaba
De su peso; y así con despotismo,
Los almos cielos escalar pensaba.
Pero héte aquí que en el instante mismo
Cesando el huracan que le empujaba,
El súcio polvo descendió al abismo.

*Que así sucede al que subiendo duda
De aquella fuerza que á subir le ayuda.*



FÁBULA XXXI.

LOS LEONES Y LOS TOROS.

Por el estrecho de Hércules,
en diez canoas rápidas,
cien leones indígenas
de las selvas atlánticas,

á nuestra tierra ibérica
de mostrar su honor ávida
llegaron. ¡Oh qué imbéciles!
para poner en práctica
la idea mas estúpida,
despótica y fanática.

Cruzan la tierra Bética;
y en las ruinas de Itálica,
con treinta toros jóvenes
se encuentran. Con enfáticas
maneras los hipócritas
su mision diplomática
á los toros anuncianles,
que al principio, con lástima
la escuchan; pues tratábase
de que en la tierra hispánica,
al jaguar de la América,
á las hienas asiáticas,
á los zorros del Ródano
y á las fieras del Africa,
se diera un invernáculo
en la parte más cálida,
á contar desde Mérida
á los campos de Játiva.

Sinó que en hordas bélicas,
cual invasion vandálica,
de las agrestes cúspides

por las vertientes áridas,
à las llanuras fértiles
vendrian las selváticas
fieras, marchando horrísonas
como irrupcion volcánica
sin respetar obstáculos,
ni súplicas, ni dádivas,

.....

¡Vive Dios! Ni del físico
la corriente galvánica
se apodera más súbita
de las hebras metálicas;
ni la cárdena eléctrica
del rayo chispa rápida,
ántes hiende la cúspide
de la altanera fábrica,
que los toros bravísimos,
sin atender à pláticas,
supieron dar coléricos
muerte sangrienta y trágica
à los fieros intérpretes
de una invasion tiránica;
que al que su planta exótica
ponga en la tierra clásica
de los hechos heróicos,
y las gentes magnánimas,
para imponernos, mísero,

sus leyes antipáticas,
muerte darán indómitos,
cual destructoras máquinas,
si los hombres faltásemos,
los toros y las águilas.

*Niños, llevar á vuestras almas candidas
Quiero del pátrio amor llama vivífica;
Habeis nacido en la region simpática
Del fértil suelo y refulgente sol.*

*Si la patria os lo exige, sed sus víctimas,
Quien no dá por su España el postrer hálito,
Tiene un alma tan vil y tan raquítica,
Que no puede ser hombre, ni español.*

FÁBULA XXII.

LUCAS Y SUS GATOS.

Lúcas por verse libre de ratones,
Sin andarse en remilgos ni en chiquitas.
A su casa llevó diez zapirones.

—Chico, le dijo Luis, te precipitas:
Diez gátos pueden darte malos ratos,
Y hacerte ver escenas inauditas.

—Aunque rompan los muebles y los platos,
¿Qué digo? aunque mi hogar huela á gatuno
No me arrepentiré; quiero diez gatos.

Al decir esto el pobre Lúcas, uno
De aquellos diez malditos animales
Junto al fuego se puso inoportuno.

Cosas hizo, en verdad, muy naturales
El gato; pero yo en probar me empeno
Que origen fueron de funestos males:

Al amor de la lumbre tuvo sueño;
Abrió los ojos, los cerró, y al cabo
Durmióse y quedó inmóvil como un leño.

Era el minino pendenciero y bravo,
Y empezando á soñar que regañaba,
Quiso ponerse en guardia, y se asó el rabo.

Al sentir que de veras se quemaba,
Bufando se salió con saña ruda,
Sin respetar lo que á su paso hallaba.

Acudieron los gatos en su ayuda;
Y con el bravo y con los otros nueve,
Una gresca se armó morrocotuda.

Al ver Lucas aquella turba aleve,
Así gritó perdiendo la paciencia:
—¡Malditos gatos! ¡El demonio os lleve!

*Y, aparte, dijo á Luis: Por experiencia,
Ya sé que puede ser algunas veces
El remedio peor que la dolencia.*

FÁBULA XXXIII.

LOS DOS RATONES Y LA TELARAÑA.

En un mezquino lugar,
bajo un techo de espadaña,
tejió su tela una araña
con perfeccion singular.

De casa del tio Gabacho
allí un raton se mudó
que la tela ambicionó
para colgar su despacho.

Raton incapaz de enmienda
que fijo en su atroz manía,
desprendió la tela un día
y la llevó á su vivienda.

Al dejar la débil carga,
debió contemplar absorto
que tal adorno era corto
para una estancia tan larga.

Dábanle con insistencia
de alargar la tela ganas,
cuando llegó Roeplanas,
raton de probada ciencia.

El cual dijo al otro:—¡Tente!
No es bueno precipitarse:
la tela puede alargarse,
porque hay un medio excelente.
—¿Secreto hay para alargarla?
Decid cuál es, ¡por mi abuela!
—Para alargar esa tela
EL SECRETO ES NO ACORTARLA.

*La misma contestacion
(sin que á nadie infiera agravio)
dada por el raton sábio
al ignorante raton,
puede servir al que pida,
siendo niño ó siendo viejo,
remedio, traza ó consejo
capaz de alargar la vida.*

FÁBULA XXXIV

6

SEGUNDO APÓLOGO-LEYENDA.

HISTORIA DE UN GABAN.

I.

Luégo que un jóven cepilló su ropa,
La colgó en una percha, y muy tranquilo,
Despues tambien que cuidadoso y pulcro
Sobre una mesa colocó el cepillo,
De su cuarto salió, que era el segundo,
Y apénas llegaria al primer piso,
Cuando un Gaban hermoso, de buen paño,
De última novedad y nuevecito,
Dejó la percha y de la estancia en medio,
Agil y osado se plantó de un brinco,
Y así á los pantalones y chalecos,
Capas, levitas y gabanes, dijo:
—COMPAÑEROS: Cual yo sabeis vosotros
Que el más ignominioso despotismo,

Que de la odiosa inquisicion los fieros,
Horrorosos tormentos y martirios,
Ni un pálido reflejo son siquiera
De lo mal que nos trata ese maldito
Viejo insensato de las blancas barbas,
El más duro y feroz de los cepillos.

(*Agitacion, murmullos en la percha.*)

El orador prosigue:—Ya lo he dicho;

Ese viejo inhumano se complace

En quitarnos el pelo, y eso, amigos,

Ya lo sabeis muy bien por experiencia:

Eso es igual que desollarnos vivos.

¡Aún hay más! insensible á nuestros ayes,

Descubre uno por uno nuestros hilos,

Es decir, que descubre nuestros huesos.

(*Aplausos prolongados, nutridísimos.*)

¿Y aún hemos de sufrir, ¡viven los cielos!

Yugo tan ominoso y tan inicuo?

No: mi frase será la chispa eléctrica,

Que al llenar de valor vuestros bolsillos,

Encienda vuestros forros y algodones

De nuestra justa indignacion al grito.

—(*¡Eso es; sí, sí!*)—Pues bien, ¡la holganza viva!

¡Muera el viejo opresor!—(*¡Muera el cepillo!*)

—¡Muy bien! éste exclamó con mucha calma,

Despues de haber entrado de improviso.

Crispó el Gaban las mangas con soberbia;

—Y bien, ¿qué anhelas? el barbudo dijo.
A lo cual el Gaban contestó al punto:
—Vivir lejos de usted.—¿Por qué, no atino?
—Porque usted me atormenta, usted me oprime,
—Paréceme que te equivocas, hijo;
Me dices que te oprimo y te maltrato,
¡Oh negra ingratitud! porque solicito,
Apénas á tí llega el súcio polvo,
El súcio polvo con afán te limpio;
Y sólo por tu bien, porque deseo
Que tengas ese porte, ese atractivo,
Ese gusto especial que tienen todos
Los gabanes decentes, bien nacidos.
—¿De veras?—¡Oh, si tal!—Estoy conforme,
Pero no sabe usted lo que le digo,
Que por estar de su presencia lejos,
Sin más explicaciones, *ea, emigro*.
—Mira lo que pretendes, pobre incauto,
La holganza te depara triste sino.
La ociosidad que buscas es la madre
De los crímenes todos y los vicios.
Pútrido lodazal de acciones viles,
De miseria y dolor colmado nido.
Entónces el Gaban se encogió de hombros,
Y haciendo muecas y grotescos guiños,
Por el ojal de la solapa izquierda,
(Que equivale á decir por el colmillo,)

Escupió; y se marchó, dejando á todos
Confusos, sin respuesta y sorprendidos.

II.

Se aposentó el Gaban en la bohardilla,
Entre los muebles viejos y los pingos,
Y allí estuvo cubierto de inmundicias
Un mes, dos meses, cuatro meses, cinco...
Vióse en tan pobre, lastimoso estado
El vago, desidioso y libertino,
Que decidió por fin volver al mundo;
Para lo cual, adulador y activo,
Supo catequizar á la portera,
Que hizo valer en bien del protegido,
Su atroz verbosidad, su chismografía,
Su influencia y favor con el Cepillo;
Pero el viejo escuchó las peticiones,
Como oyen los consejos ciertos niños,
Con que el Gaban y la portera vieron
Que estaban machacando en hierro frio.

Comprendiendo los dos, al fin y al cabo,
Que nada habian de sacar en limpio,
A ver al viejo de las blancas barbas
Bajó el Gaban, y á hablarle por sí mismo.

—Quiero que vuelva usted á maltratarme,

Diciendo entró el gandul del gabancito.

—No puede ser.—¿Que no? ¡Voto á los sastres!

Las causas que lo impiden, los motivos.

¿Me podrá usted decir?—Sí tal; escucha:

Tú despreciaste mi sincero aviso,

Cuando en tiempo oportuno te mostraba

El triste fin del criminal camino.

De tí no he de sacar lo que no tienes:

Siempre vago serás, y siempre indigno;

Y como sé que mi trabajo en balde

Le emplearía al trabajar contigo;

Desidioso Gaban, prenda viciosa,

Sucio pingajo, repugnante abrigo,

Vuélvete á la bohardilla enhorabuena,

Que tú debes morir como has vivido.

Entonces el Gaban alzó la manga,

Y en son de guerra al de las barbas dijo:

—¡Es usted un verdugo! ¡un miserable!...

Y no pudo seguir, pues se oyó un grito

De general indignacion; y al punto,

Las prendas que bajaron de su sitio,

Al perverso Gaban acometieron,

Y á empujones, puñadas y pellizcos,

Por el balcon le echaron á la calle.

Recogióle un trapero, le hizo un lío,

Y con él se marchó. Dónde, se ignora;

Ni lo dicen las viejas, ni los libros.

Quien llega á este pasaje de esta historia
Pone punto final, y *agur amigo*.

No obstante, yo por singular fortuna,
Datos hallé para el siguiente epílogo.

III.

Al Rastro de Madrid—para el estudio
De las costumbres excelente sitio—
Por hablar «*del calzado en la edad media.*»
A buscar un chapin bajé un domingo;
¿Y sabeis lo que ví? ¡Caros lectores!
Renuncio mi sorpresa á describiros.

Andrajoso y colgado por el cuello,
Ante la puerta de un *bazar* de pingos,
El infeliz Gaban de nuestra historia
Se hallaba cabizbajo y pensativo.

De un lado sujetábale la manga
De la toga de un juez; del otro, unido
Se hallaba al pantalon de un presidiario.

Su ruin solapa, del puñal de un pillo
Tapaba el mango, y á su lado habia
Fuertes cadenas y pesados grillos.

Puede decirse que el Gaban del cuento
En este mundo halló su merecido,
Pues que se via sin salir del Rastro,
Su ociosidad purgando y sus delitos.

Bajo la mano de inflexibles leyes,
En contacto del crimen y en presidio.

*Hombres de vicios llenos, hombres vagos,
Desaplicados, holgazanes niños,
Jóvenes que al saber volveis la espalda,
Estudiantes de crápula y garito,
Los que pasais gastando á vuestros padres
Honor y haciendas en festin continuo,
Y luego pretendéis certificados,
Honrosas notas y pomposos títulos,
—De aquellos indulgentes profesores,
Que habeis más de una vez escarnecido,—
Para ejercer las trabajosas ciencias,
Que ni habeis saludado ni habeis visto;
Sabed que es el Gabán de esta leyenda,
Perfecta imagen de vosotros mismos.*

FÁBULA XXXV.

EL LIBRO DEL BURRO.

*El buen libro es un tesoro
Mil veces mejor que el oro.*

*Nuestra dicha es encontrarle,
Nuestro DEBER es amarle.*

*Mas con los libros que en el mal se fundan,
Y que aquí, por desgracia, tanto abundan,
Siempre tienen DERECHO los lectores
Que no quieran saber farsas y errores,
Para hacer, porque sirva de escarmiento,
Lo que el gazapo del siguiente cuento.*

Un borrico escribió cierto librejo,
Y á su hijo un ejemplar compró un conejo.
Lamentaciones lóbregas y extrañas,
Ejemplos inmorales y patrañas,
Cubrió el autor con la ampulosa frase
Propia del escritor de cierta clase.
Mas como al fin no encuentra el ignorante,
Disfraz para ocultarse lo bastante,
Apénas leyó el prólogo el gazapo,

Conejillo tan listo como guapo,
En un pasaje de la obrilla fijo,
Con gran sagacidad dicen que dijo:
¡Libro de burro al fin! Y haciendo un gesto,
Rasgó con calma el detestable *texto*.



FÁBULA XXXVI.

EL PERDIGUERO Y LOS LIBROS.

Un cazador instruido
 tenía un despacho lleno
 de estampas y de molduras,
 en las que *en mano y á ojeo*,

la caza se retrataba
con escopeta y con perro.

Tambien tenia entre rollos
y manuscritos diversos,
un número respetable
de volúmenes impresos,
en los cuales se trataba,
desde el arte del montero,
hasta las reglas precisas
para coger al momento
las correderas con lazo,
y las pulgas con anzuelo.

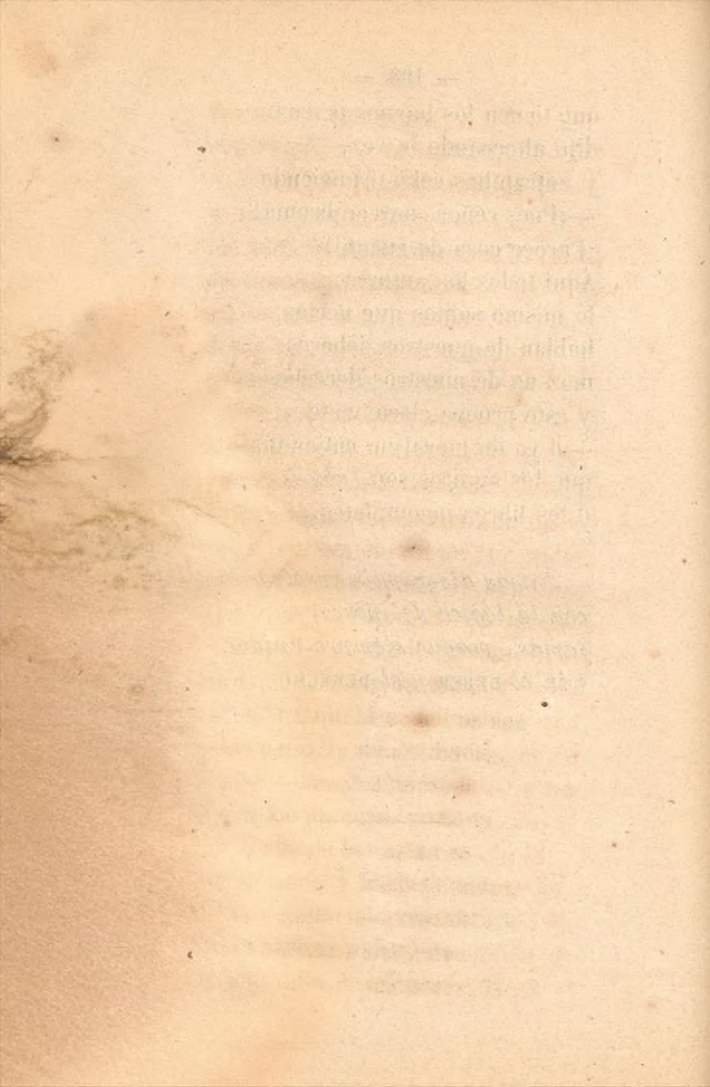
En aquella biblioteca,
mejor, en aquel museo,
entró una tarde Leal,
excelente perdiguero.

Despues de oler largo rato
las tapias, el pavimento,
todos los muebles, las armas
y las prendas de su dueño,
alzóse sobre dos piés,
y con los anteojos puestos,
los libros de los estantes
fué sacando y fué leyendo:

Mas como sólo encontrára
que trataban todos ellos
de los múltiples deberes

que tienen los buenos perros,
dijo ahuecando la voz,
y entrambas cejas frunciendo:
—¡Pues señor, parece bröma!
¡Parece cosa de cuento!
Aquí todos los autores,
lo mismo sábios que necios,
hablan de nuestros deberes,
mas no de nuestros derechos;
y esto prueba claramente,
—ó yo de moral no entiendo,—
que los autores son *faltos*,
ó los libros incompletos.

*Jamás discurreis vosotros
con la lógica del perro,
jamás, porque siempre unidos
van el DEBER y el DERECHO.*



LIBRO SEGUNDO.

DEDICADO Á LAS NIÑAS

FÁBULA PRIMERA.

LAS DOS LAMPARAS.

En una elegante sala,
sobre una rica y de mérito
jardinera de alabastro;
delante de un gran espejo
cuya luna de Venecia
fiel refleja los objetos,
hay una preciosa Lámpara
en cuya forma unió el génio
del artista, lo más fino,
lo más costoso y más bello.

El pié de china adornado
con oro de esmalte negro;
de plata el suave tornillo;
de platino el buen mechero.
En el cristal de su tubo,

dió la Granja un gran modelo,
su pantalla era de talco,
cubierta como un florero
de muchas y hermosas flores
que al rededor del *esbelto*,
gracioso pié, descendian,
arcos formando diversos
de caprichosas guirnaldas
de buen gusto y buen efecto.

Mas ¡oh rareza inaudita,
contraste infeliz, horrendo!
La hermosa Lámpara, enfrente,
sin oro y sin aderezos,
otra Lámpara tenia
sencilla, humilde en extremo.

Esto chocó á las visitas,
y mucho más cuando vieron
la gran Lámpara apagada,
y la otra Lámpara ardiendo.

Y tras mucho discurrir,
qué pudiera ser aquello,
á la señora de casa
le preguntó un caballero
por qué la Lámpara *hermosa*,
no alumbraba el aposento,
y si la *sencilla* Lámpara.

La señora, sonriendo,

respondió: —Porque la *hermosa*
no luce bien; y prefiero
que esté apagada, á que triste,
con su resplandor incierto,
débil, pobre y vacilante
parezca que alumbra á muertos.

*Sin la belleza del alma,
¿qué es la belleza del cuerpo?
Nada, niñas: un adorno .
despreciable, pasajero,
inútil cual los adornos
de la Lámpara del cuento.*

FÁBULA II.

LA ROSA COQUETA.

Allí donde mansos mueve
sus cristales el Genil,
donde el aura pura y leve
al pié de la eterna nieve
susurra en eterno Abril;
sobre la copa frondosa
de un rosal de Alejandría,
gentil, lozana y hermosa,
blandamente se mecia
del aura al soplo una Rosa.

Nacida cuando la aurora
sus blondos rizos despliega,
nunca tuvo para Flora
otra flor más seductora
Granada en su fértil vega.

Cuentan de esta Rosa, que
una tarde fresca y pura
exclamó con amargura:
Cuándo ¡Oh noche! luciré
en tus sombras mi hermosura.

—¡Pronto!... Dijo la enlutada
noche al pimpollo andaluz;
eso tendrás, si te agrada,
siendo tu cáliz morada
de unos gusanos de luz.

Con luces tan peregrinas
la Rosa alza la corola
con sus tintas purpurinas,
entre las rosas vecinas
altiva, coqueta, sola.

Y al son de murmuradores
arroyuelos cristalinos,
reina del campo y las flores
aclámanla con sus trinos
los canoros ruisenores.

Por ella de amor deliran
brisas, aves, río y fuentes;
y en torno suyo suspiran,
vuelan, corren, tornan, giran
insectos impertinentes.

Mas... ¡Pobre flor! Su beldad
hollada fué sin piedad
bien pronto por torpe mano.

*Niñas: la celebridad
rara vez se adquiere en vano.*

FÁBULA III.

LA CISNE Y SUS POLLUELOS.

Con amoroso cálculo, escondido
Entre un mirto, una adelfa y una dalia
Puso cerca de un lago allá en Italia
La blanca Cisne su espacioso nido.

Cuidóle con afán, y en tiempo breve
Los pollos de sus cárceles salieron;
Al lago se lanzaron, y en él fueron
Flotantes copos de esponjosa nieve.

Del lago en medio islotes cenagosos,
Con cien despojos pútridos formados,
Había, según dicen, habitados
Por ratas y otros bichos asquerosos.

La Cisne á sus Pollitos con desvelo
Los educaba y maternal cuidado
Para que, el mal huyendo, nunca al lado
Pasaran de aquel súcio y fatal suelo.

Mas ¡ay! que los consejos maternos
Los necios Cisnecillos desoyeron,
Y una mañana á los islotes fueron
Donde estaban los fieros animales;

Y allí (sólo por ser desobedientes),
Perdiéronse en oscuros laberintos,
Y al fin murieron en su sangre tintos,
De las hambrientas ratas en los dientes.

*Mal acaba su vida,
Cuádrele ó no le cuadre,
Quien de una buena madre
Los consejos olvida.*

FÁBULA IV.

LA URRACA.

¿Quién por fátua y tonta iguala
á un Urraca madrileña
que en hablar francés se empeña,
y *haiga, diferiencia y cuala*
dice en español después?

¿No acertais? ¿lo digo?... Pues
la niña española, es llano,

*que no sabe el castellano,
y dice que habla el francés.*



FÁBULA V.

LAS CARTAS DEL CIELO.

Seis años contaba apenas
la graciosa niña Elvira ;
y ya muchos infelices
con gratitud bendecían

el nombre de esta inocente,
sensible y cándida niña.

Porque á más, á más de ser
modelo de buenas hijas,
era aplicada y piadosa,
y afable, y caritativa.

Viendo desgracias lloraba;
viendo placeres reía;
pues no ha de afectar la infancia
dotes con ella reñidas.

Y es quitar su azul al cielo,
su canto á las avecillas,
su sombra á la noche oscura,
y su luz al claro día;
quitar al niño sus juegos,
sus lágrimas y sus risas.

Era, pues, la caridad
lo que más amaba Elvira;
y como de esta virtud
el buen Jesus nos predica:

*Que no ha de ver una mano
lo que la otra dé, la niña
limosna daba á los pobres
que con angustia infinita
no acostumbrados la piden...
en un rincon ó una esquina:
ora con tupido velo,*

ora con pobre levita
ocultando su vergüenza.
;Esos son, amables niñas,
de la escúalida miseria
las más lastimosas víctimas!
De esos, Elvira aliviaba
las penas, dando solícita
limosna con el acierto
que sus años permitían;
pero á pesar del sigilo,
de las limosnas del día
cuenta exacta daba un ángel
en unas Cartas que, escritas
y fechadas en el cielo,
diariamente descendían
para la niña, hasta el fondo
de una caja muy bonita,
que de noche en el balcón
quedaba sola y vacía.

Mucho la niña gustaba
de aquellas Cartas queridas;
pero era mucho ser todas
sus buenas acciones vistas.

Creció la infantil reserva,
mas siguieron las misivas.

Por fin Elvira una tarde,
cuando al Orto el sol caía,

salió de casa, y subiendo
por la escalera en puntillas,
llegó hasta el último piso,
donde en alcoba mezquina,
pobre y enferma una anciana,
próxima la muerte via.

Dióle la niña unos cuartos
y algunas viandas. Bendita
por la anciana vuelve á casa
sin que nádie se aperciba;
pero al llegar la mañana
siguiente, halló en la cajita
otra Carta. Rasgó el sobre,
y al rasgarle, una amarilla
y reluciente moneda
cayó: cogióla en seguida,
y á leer comenzó la carta
del siguiente modo escrita:
«Salud.—En el Paraíso—
A dos del mes de María,
del año mil ochocientos
setenta y uno.

Querida :

Darás á la pobre anciana
que ayer viste en la bohardilla,
la moneda que va dentro
de esta carta; te la envian

los ángeles desde el cielo,
y me encargan que te diga
que por mucho que recates
tus obras caritativas,
no impedirás que lo sepan,
y te alaben y bendigan.
—Adios... sabes que te quiere
mucho

El Angel de las niñas.»

Ahora bien, caras lectoras,
sabed, pues, que era la niña,
vástago de honrados padres
que las Cartas escribían,
poniéndolas en la caja
para estimular á su hija
á seguir la *Caridad*,
porque los padres sabían,

*Que es á pesar del bien de la inocencia,
Niña sin caridad, hogar sin fuego,
Cauce sin manantial, flor sin esencia.*

FÁBULA VI.

LA COTORRA.

Dicen que hay no sé dónde
cierta Cotorra
que á los vecinos carga
por habladora;

*Y yo lo creo,
que es muy cargante, niñas,
ese defecto.*

FÁBULA VII.

LA NIÑA Y LA TORTOLA.

Junto á un molino,
y en una orilla,
del apacible
del limpio caz,
sus dos hijuelos
la Tortolilla
criaba ocultos
en verde saz.

Paula, la nieta
del molinero,
—¡Que buena niña
debía ser!

del rubio trigo
de su granero,
dábale al ave
para comer.

Tanto la dócil
Tórtola bella,
tanto con Paula
simpatizó,

que ésta bien pronto
jugó con ella,
y entre sus manos
la acarició.

Loca de gozo,
la niña canta;
dobla su tierna
solicitud;

y al triste arrullo
de su garganta,
muéstrale el ave
su gratitud.

—¿Sabes, amiga,
lo que te digo?
Que á tus hijuelos
traigas aquí.

Verás qué alegres
juegan conmigo.
¡Serán muy monos!..
¿Verdad que sí?

Mira, en sus picos
pondré yo granos:
y en mis rodillas
—ya lo verás—

se harán caricias
los dos hermanos;
y yo, contenta,

les haré más.

.....
La Tortolilla
tendió sus vuelos,
y en la ribera
despareció:

pero al molino
con sus hijuelos,
la Tortolilla,
pronto volvió.

Y allí de Paula
los pasos siguen,
con candorosa
docilidad.

*¡Cuánto, las niñas,
cuánto consiguen,
con la dulzura,
con la bondad!*

FÁBULA VIII.

LA APUESTA.

En un ameno jardín
que riega el sonoro Darro,
la Abeja y la Mariposa
una tarde se juntaron;
y despues de saludarse,
diz la historia que tratando
de cosas indiferentes,
por incidencia tocaron
un punto sobre costumbres.

Los insectos en el acto
sobre el asunto expusieron
pareceres encontrados.

Viendo la Abeja que pruebas,
razones y comentarios,
dejan á la Mariposa
con sus groseros engaños,
la dice:—Pues que en la teórica
somos de pensar contrario,
pasaremos á la práctica;
—Corriente.

—Pues apostamos

á la que más pronto elija
de aquel delicioso cuadro,
al par que la flor más útil,
la flor más bella.

—Aceptado.

Y entre rosas y jazmines
tendieron su vuelo raudos.

El cáliz la Abeja busca
de la violeta. En tanto
la Mariposa revuela;
y sin quererlo, al acaso
da con la inodora dália,
que aunque inodora, muy alto
su cáliz altiva ostenta.

Nuestra Mariposa—¡bravo!
se dijo, tú eres mi flor,
contigo la apuesta gano.

Vueltas daba en la corola
con orgullo y desenfado,
y al asomar la cabeza,
viendo á la Abeja debajo,
exclama en tono insultante:
—¡Te has lucido! ¡Te has portado!
Buen gusto tuviste á fé:
en la flor más ruin del campo
te veo... ja... ja... ja... ja...
¡Ay qué discurso, qué tacto!

y otros mil y mil insultos
que por ser más breve callo.

La pobre Abeja escuchó
con calma cinismo tanto;
mas no quiso contestar,
y del cáliz perfumado,
blanda cera y dulce miel
siguió prudente libando.

*Niñas; lo útil merezca vuestro aprecio,
y las sandeces despreciad del necio.*

FÁBULA IX.

LOS PECES.

Disgustados
los bobillos,
bulliciosos
pececillos,
del estanque
donde estaban,
á Neptuno
suplicaban,
que saltando
por los duros,
secos bordes
de los muros,
aquel charco
sucio, insano,
se extendiera
por el llano;
y á ver tierras
dilatadas,
en las ondas
agitadas,

fuesen ellos
sin parar
por los rios
hasta el mar.

El dios fresco
del tridente
vino en ello
complaciente ;
y fué el agua ,
sin demora ,
con la turba
nadadora ,
por el campo
desbordada ,
de la huerta
dilatada.

Pero luégo
de extendida ,
toda el agua
fué sumida .
; Suerte triste !
; cruda pena !
; pobres peces !
en la arena ,
perecieron
los dorados ,
y los verdes .

y encarnados
con acerbo
padecer,
do buscaban
un placer.

*Como los pececillos,
jóven lectora,
muerte traidora
debes hallar,
si por locos placeres,
con honra escasa
dejas tu casa,
dejas tu hogar.*

FÁBULA X.

LA BELLA Y EL CAMPO.

De negra melena rizada, copiosa,
De boca risueña, de casto mirar,
Vistiendo la bata sencilla, graciosa,
La vega una hermosa salió á visitar.

Sentóse en el césped, cercana á las flores,
Sus cándidos ojos en ellas fijó,
Y en dulce concierto, confusos rumores,
Suspiros y trobas y frases oyó.

Sus frescas mejillas la rosa pondera,
Sus lábios ardientes admira el clavel,
Gentil la proclama la garza ligera.
Y limpia las fuentes, y dulce la miel.

El céfiro manso discreta la llama,
Hermosa doncella, del campo solaz;
Y el mísero insecto que bulle en la grama,
Tambien oficioso la adula falaz.

La crédula jóven, pensando qué palma
La da el lisonjero, mentido rumor,
Henchida de orgullo y ensueños el alma,
Cayó entre las flores en dulce sopor.

.....

Y así á la doncella la noche sorprende,
La noche de ruda y atroz tempestad...
El cárdeno rayo la atmósfera hiende,
Y el trueno repite la ronca oquedad.

Despierta la hermosa del sueño apacible,
Y agudas espinas la clava la flor,
Allí sacudida su rama flexible
Por cien huracanes de intenso furor.

La brisa, que hermosa la dijo primero,
En cierzo trocada, la insulta despues;
Las fuentes saliendo del cauce somero,
Y el suelo inundando, la hielan los piés.

La asusta la garza con tétrico pio,
El mísero insecto la pica sutil...
Y errante la jóven, con miedo y con frio,
Peligros encuentra y obstáculos mil.

Tras noche tan triste, medrosa, cansada,
La pobre doncella llegó á su mansion,
Llevando en el centro del alma grabada
Con cien desengaños la adjunta leccion:

*Nunca te aduermas, mujer,
al arrullo adulator:
mira que es filtro traidor,
dulce, agradable al beber,
acre luego y destructor.*



FÁBULA XI

ó

TERCER APÓLOGO-LEYENDA.

LAS PLEGARIAS.

I.

Era una tarde pura y tranquila
Del mes que viste la Primavera

Bosque y pradera
Con galas mil;
Y por la tierra que se engalana,
Y á dulces goces bella convida,
Gérmen de vida
Reparte Abril.
Van de las flores las mil esencias
Hacia el espacio con suave ascenso
Como el incienso
Desde el altar;
Diáfano muestra su azul el cielo;
Solo está el valle, sola la sierra;
Muda la tierra,
Tranquilo el mar.
Dos puros séres, en gasa envueltos,
Suben radiantes cual serafines
Por los confines
De aérea region.
Dadas las manos, rápidos vuelan,
Fijos los ojos allá en la altura,
Con santa y pura
Satisfaccion.
Ya traspasaban bellos celajes,
Ya del espacio por dó subian,
Raudos hendian
La inmensidad,
Cuando un Arcángel de blancas ropas

Batió en el éter sus alas de oro,
Y oyóse un coro
Celeste.

— ¡Hablad !

Dice el Arcángel á los que suben :
— ¿ Quiénes sois, quiénes ; oh criaturas !..
¿ De dó tan puras
Llegais aquí ?

— Somos *Plegarias*, contestan ellas,
De almas sencillas y candorosas,
Que aún fervorosas
Oran allí.

Miró el Arcángel hácia la tierra ;
Donde sus ojos se dirigian ,
Baudal vertian
De Santa luz.

Y vió entre flores, del templo al lado,
Juntas dos niñas y arrodilladas
Sobre las gradas
De erguida cruz.

II.

— Sois, pues, las mensajeras nacidas entre flores,
Que el alma de esas niñas llevais hasta el Señor,
Contadme sus angustias, contadme sus dolores,
Que un ángel siempre escucha la angustia y el dolor.

— Soy, dijo una Plegaria, la súplica que eleva
A Dios aquella niña que sin consuelo está:
Su madre es una anciana, y es pobre, y viuda y ciega...
— No sigas; á esa niña su Dios la escuchará.
— Yo soy, la otra Plegaria repuso con presteza,
La voz de aquella niña que sin consuelo ves:
Es huérfana, y es sola; yo llevo su tristeza
Del Dios de los humildes á los escelsos pies.

III.

— Venid; que á Dios es más grata,
de los niños la oracion,
que incienso quemado en plata;
y ÉL, en su clemencia innata
calmará vuestra afliccion.

Subid, Plegarias hermosas,
subid al cielo las dos:
de esas niñas candorosas,
las súplicas fervorosas
llevad al trono de Dios.

Calló el Arcángel; y asiendo
de las *Plegarias* las manos,
fueron subiendo..... subiendo...
del puro espacio midiendo
los ámbitos más lejanos.

Velóse el grupo triunfante

con un vaporoso tul;
y quedó muda y radiante,
con sus mundos de diamante,
la inmensa bóveda azul.

Pasó la callada noche;
y al volver el nuevo día,
que una *ciega* á ver volvía
se dijo en la poblacion.

Y que una noble señora
á una *huérfana* adoptaba
por hija. Dios escuchaba
de las niñas la oracion.

*Porque es la oracion la senda
de esperanza y de consuelo
por donde pueden al cielo
nuestras súplicas llegar;
y la mujer, el sér débil,
en vano dulzura miente
cuando en el alma no siente
dulce inclinacion á orar.*

FÁBULA XII.

LA POLLA Y LAS GALLINAS.

Paseando el corral cierta mañana
Una Polla temprana,
De garbo singular y rubias pintas,
Yo no sé cómo se encontró unas cintas
De tan bellos colores,
Que ni robados á las mismas flores.

La Polla, que un momento absorta queda,
El brillo contemplando de la seda,
Con placer inaudito,
Y con gusto elegante y exquisito,
De su redondo cuello los contornos,
Con los lindos adornos
Engalana; y pendiente
De su cresta naciente,
Pone un lazo dorado
Para dar más realce á su tocado.

Por el cual del poblado gallinero
La envidia fué, y hasta del pueblo entero.
Pero héte aquí que unas Gallinas viejas
Se suben á las tejas.

Y tendiendo las alas,
Al padre de los dioses piden galas...
Otras — y son las más — claman á coro,
Y faltando al decoro,
Las plumas ofrecían
Por las cintas que tanto apetecían.

Todas juran, en fin, que de una argolla
Se han de ahorcar si no visten cual la Polla.

Y para tantas fátuas y gazmoñas,
Rizos, trenzas y moñas,
Aderezos, botitas,
Pantalones, chalecos y levitas,
Y túnicas, y falidas, y vestidos
Vinieron al corral como llovidos.

Entónces las Gallinas,
Para tapar sus faltas las mezuquinas,
Se pusieron tan grandes mamarrachos,
Que al mirar los muchachos
A semejantes bellas,
No sin motivo se burlaron de ellas.

*Todo en la vida con la edad se hermana;
Adorno que en la niña es elegante,
Tórnase extravagante,
Insufrible y ridículo en la anciana.*

FÁBULA XIII.

LA GALGA INGLESA.

Una Galguita
de raza inglesa,
que una marquesa
llegó á mimar;

Galguita ociosa,
falta de juicio,
sin más oficio
que murmurar;

después que al loro
y á los canarios
con chiñmes varios
enemistó;

y á una gatita
muy recatada,
sin mirar nada,
desprestigió;

al recto y docto
gato Caza-aves
tramas muy graves
le quiso urdir.

Que no sentia
ni áun un pellizco,
y que era bizco
llegó á decir.

Púsole *Bufo*,
Malos bigotes,
y otros cien motes,
sin caridad;

por los que al gato
le apellidaba,
y criticaba
la vecindad;

tanto, que el pobre
del trato huía,
y no veía
del sol la luz;

y así gozaba
la de los cuentos
con los tormentos
del Micifuz;

pero buscando
pasto agradable
á su insaciable
murmuración,

á oler guisados,
del vicio presa,
la Galga inglesa

subió al fogon.

Puso, por fisga,
segun me explico,
cerca el hocico
de una sarten;

y al hablar alto
del guiso en mengua,
quemó su lengua:
¡Le estuvo bien!

*Contra chismosas lenguas
murmuradoras,
mata-reputaciones
y enredadoras,
— lo estamos viendo —
no hay mejor medicina
que el agua hirviendo.*

FÁBULA XIV.

EL HUERTO Y EL AGUA.

Con dulces palabras,
de puro cariño,
cuando era yo niño
recuerdo que oí
de boca de un viejo
de génio expansivo,
la historia que escribo,
niña, para tí.

—Tenia yo un Huerto,
decia el anciano,
al borde cercano
de freseo raudal;
y encima una fuente
copiosa manaba,
que el Huerto inundaba
de limpio cristal.

El Agua era mucha,
la tierra era buena;
mas ¡ay! causa pena
decir que no dió

ni un tallo la tierra,
ni el Agua un yerbajo,
ni un fruto el trabajo
que el Huerto exigió.

—
Es claro el motivo,
la causa patente:
el rio y la fuente,
de su esplendidez

dan múltiples pruebas
llenando el terreno
de charcos y cieno
por año una vez.

—
Mas llega el ardiente
calor del estío;
de fuente y de rio
se acaba el caudal;
y tórnase el Huerto,
del Agua privado,
en seco, abrasado,
sediento arenal.

—

*No tiene gran talento quien se irrita
Si el destino le niega sus favores,
Cuando más sus favores necesita.*

*Pues no comprende que el destino es loco,
Y al que ménos le pide, ofrece mucho,
Y al que le pide más, concede poco.*

FÁBULA XV.

LA TORTUGA Y EL POTRO.

La Tortuga sosegada,
con su calma y tardo paso
salió al campo; y, por acaso,
huyendo tal vez de nada,
pues nada la historia diz,
fugoso alazan pasó,
y el duro casco posó
sobre el anfibio infeliz.

Mas quiso la mala suerte
del Potranco atolondrado,
que al poner el casco herrado
en la concha tersa y fuerte,
no hallando punto de apoyo
se resbalase, cayendo,
y acerba muerte sufriendo
en lo profundo de un hoyo.

*A aquel que sin reflexion,
sin pararse á examinar
las cosas, se lanza á obrar,
recomiendo esta leccion.*

FÁBULA XVI.

LA GOLONDRINA.

En estas tiernas frases
se despedía
de su hogar africano
la Golondrina.

Ave felice,
cuya presencia alegra
y ausencia aflige.

«Adios, ciudad, decia,
dejo tus muros,
y tu fértil campiña;
yo te saludo,
porque risueña
otra patria me brinda
la Primavera.

El primero de Marzo
será mañana;
cuando el ángel del día
tiende sus alas,

dejo tu suelo ,
y hácia españolas costas
tiendo mis vuelos.

Ya la fragata lista
sus anclas leva ;
veremos quien arriba
con más presteza,
donde el sol brilla
sin nubes que oscurezcan
su luz bendita.

Reina de estos jardines,
tu llanto enjuga ,
que por Noviembre vuelvo
si Dios me ayuda ;
y ahora me espera
más allá de estos mares
cristiana bella ;

en cuyo hogar asiento
tiene mi nido ;
cuyos labios de rosa
besan mi pico ;
¡ Adios, sultana !
que me espera impaciente
mi castellana. »

Ya al ave agradecida
que á España vuelve,
asilo y paz las niñas,
y amor ofrecen ;

*Pues saben ellas
que sólo en grandes almas
caben bellezas ;*

*y que las almas nunca
pueden ser grandes,
sino ruines, pequeñas
y miserables ;
siendo inhumanas
con las tímidas aves
ó con las plantas.*

*De este importante asunto
con otros versos
la fábula siguiente
tiene otro ejemplo.*



FÁBULA XVII.

EL ENTIERRO DEL CANARIO.

Las hermanas Julia y Pia,
sus primas Laura y María,
y su amigo el niño Hilario,
querian mucho á un Canario

que por desgracia enfermó
y al poco tiempo murió.

Y sintieron de tal suerte
niñas y niño la muerte
del que en vida fué su encanto,
que tras suspiros y llanto,
dolor, desconsuelo y luto,
queriendo rendir tributo
de amor al ave difunta,
determinaron en junta
enterrarla en el jardín
junto á una fuente. A este fin,
un cochecito tomando,
y el cadáver colocando
en él sobre albo cendal,
el cortejo funeral,
con lágrimas en los ojos,
llevó los yertos despojos
de su pájaro querido
hasta el lugar elegido.

Cabó allí una fosa Hilario,
y enterraron al Canario,
plantando alrededor despues
rosal, acacia y ciprés,
y, en fin, cubriendo la fosa
con blanca fúnebre losa.

En ella un jóven poeta,

con elevada y discreta,
y sentida inspiracion,
puso luego esta inscripcion:

*«Aquí yace una arecilla
que unos niños excelentes
enterraron inocentes
con infantil caridad,*

*Aves y flores en torno
con dulce canto y fragancia,
bendicen AQUI á la infancia
que los trata con bondad.»*

FABULA XVIII.

LAS PALOMAS, EL MILANO Y LA GARDUÑA.

Peinando en sus ondas
menudas arenas,
cercado de sáuces,
de lirios y adelfas,
corria un arroyo
por fértiles tierras.

Buscando sus aguas,
llegaban sedientas,
de blancas Palomas
bandadas enteras.

De Mayo una tarde
tranquila, serena,
las cándidas aves
de sustos ajenas,
con dulces arrullos
la márgen pasean;
mas ¡ay! que del pájaro
que más las aterra,
el vuelo ruidoso
fatídico suena.

—¡Que viene el Milano!
¡que viene, que llega!
Las tímidas aves,
exclaman inquietas.

El pájaro, en tanto,
trazando mil vueltas,
se cierne en el aire,
despacio se acerca,
y altivo mostrando
las uñas sangrientas.

—¡Alerta, les dice,
Palomas, alerta!
que yo soy muy grande,
vosotras pequeñas,
y cruzo cual rayo
la bóveda inmensa.

¡En guardia, que bajo!
Y entonces, cual flecha
que el arco despide,
se lanza á la tierra.

Tan ciego, tan loco,
tan rápido vuela,
que dá con su cuerpo
tal golpe en la arena,
que allí mal herido
quejándose queda.

Entónces las aves

huyendo ligeras,
en casa se esconden
y atrancan las puertas,
y á poco, tranquilas,
al sueño se entregan.

La noche era oscura,
fatídica, negra,
ni risas se oían,
ni voces, ni quejas,
y al dar los relojes
las doce y la media,
traidora y aleve,
cobarde y artera,
sale la Garduña
con grande cautela,
que oculta en el hueco
que forman las tejas
estaba esperando.
Y en breve degüella,
y diezma en las sombras
la turba indefensa.

*Siempre y en todo, lectoras,
sed prudentes y discretas
que hay implacables Garduñas
en donde ménos se piensa.*

FÁBULA XIX.

LAS GOTAS DEL DOLOR.

Hay en las selvas vírgenes, remotas
Del emisferio austral
Auras que vierten en las flores gotas
De ponzoña letal.
Y á esas flores que envuelve en amarguras
De la noche el capuz,
Las despierta más bellas y más puras
Del sol la nueva luz.
Y á un mal tiempo, en que al peso de sus penas
Desmayan de afliccion,
Otro sucede en que de vida llenas,
Galas del campo son.
Y el néctar de su esencia ven libado
Con loco frenesí,
Por el rápido, indígena, pintado,
Mínimo colibrí.

*Huérfana triste, que incesante lloras
A quien debiste el sér;*

*Niña infeliz que el sinsabor devoras
De acerbo padecer,
No maldigas las lágrimas que anegan
Tu faz: el alma es flor
Que renace más pura si la riegan*

LAS GOTAS DEL DOLOR.

FÁBULA XX.

LA LECHUZA Y LA TORTOLA.

A una Tórtola posada
en las ramas de un laurel,
dijo una fátua Lechuza :
— Hija mia , baje usted
de su ignorada vivienda ;
y si quiere algo valer ,
tome el ejemplo de mí ,
y hará en el mundo un papel
tan distinguido , tan grande ;
tan importante tal vez
como el mio ; si es verdad
lo que dicen , y usted vé. —

Esto dijo la muy tonta
con una afectacion que
daba grima ó risa daba ,
segun el humor de quien
á la Chupa-aceite oia ;
que diciendo cinco ó seis
ininteligibles frases ,
con falsa risa hizo diez

como saludos, moviendo
cabeza y alas y piés,
de tan ridículo modo,
que las aves en tropel
acudieron á burlarse
de su rara estupidez.

Luego prosiguió diciendo :

— Tortolilla : ¿ qué tal ? ¿ eh ?
Todas estas buenas aves ,
y otras que vendrán tambien ;
todas me admiran , me siguen
elogiando por dó quier ,
mi finura , mi elegancia ,
mi buen gusto , mi valer ,
mis distinguidas maneras
y mi tipo *parisien*.

— Es verdad , la Tortolilla
respondió : ya veo que
todas su tontuna admiran ,
y la siguen con placer
como á un fenómeno raro
de extraña ridiculez ;
mas si usted oyera y viera ,
(que no puede oir ni ver ,
porque sorda y ciega está
de presuncion y sandez),
oyera cómo se burlan

todas las aves de usted ,
y viera que estaba haciendo
muy ridículo papel.

*¡Ay! niñas: más de una bella
llega ridícula á ser
cual la Lechuza del cuento
por su rara estupidez,
por su afectacion cargante
y antipática. Sabed
que no hay cosa más risible,
ni enfermedad más cruel
que la tontuna; ella sola
consigue — no lo olvideis —
el haceros despreciables
POR SIEMPRE JAMÁS , AMEN.*

FÁBULA XXI.

LOS DEDALES.

Dos Dedales de plata,
como amigos sinceros,
noticias de su vida
mútualmente se dieron.

Tenian los Dedales
quehaceres muy diversos.
—Yo, el mayor exclamaba,
aburrido me encuentro;
sólo una vez Elvira
me colocó en su dedo,
que metido en el guante,
se pasa el día entero,
de visita en visita,
de paseo en paseo,
mientras que yo olvidado
de inaccion me ennegrezco.

Elvira no me quiere;
pero yo la detesto,
que es una señorita
inútil; y lo pruebo
con decir que no sabe

ni aún hacer á un pañuelo
un triste dobladillo,
ni repasar un cuello.

¡Yo estoy muy disgustado!

—Pues yo estoy muy contento,
repuso el Dedal chico,
pues me quiere Consuelo,
niña, aunque bella y rica,
de hacendosas modelo:

Tanto me quiere, tanto,
que apenas si recuerdo
haber pasado un día
sin defender sus dedos,
diestros en el teclado
cuanto en labores diestros,
de la acerada aguja.

¡Vaya! Y que los defienden
á costa de mi vida:

mira mis agujeros
bien desgastados todos,
pasados muchos de ellos.

Mucho me quiere, mucho;
que aunque soy Dedal viejo,
por no desampararme,
no se compra otro nuevo;
por eso yo, de veras,
con tanto afán la quiero.

Ella se hace sus trajes
elegantes y bellos,
ella su ropa blanca ,
sus bordados perfectos,
sus encajes, sus flores,
y, en fin, cuanto su sexo
de primoroso y útil
puede hacer ; y por esto
si alguna vez la ayudan ,
sabe apreciar el mérito
y pagar el trabajo
como quien sabe hacerlo.

— No es así, dijo el otro,
doña Elvirita en eso ;
ni un boton pegar sabe ;
mas poner faltas... ; cielos !
En el mejor abrigo,
y en los vestidos hechos
por la mejor modista,
sólo encuentra defectos.

— Será muy ignorante.

— Por eso la detesto.

— Pues yo á la mia adoro.

— Pues yo á la mia tengo
un horror invencible ,
aunque de ella estoy lejos.

— Y yo á la mia , amigo,

cada vez le profeso
amor más acendrado,
cariño más intenso.

— Pues, chico, yo á la mia
por necia la desprecio,
y por desaliñada,
y...

— Estás en tu derecho :
el Dedal y la holganza
son los polos opuestos.

Busca una señorita
parecida á Consuelo ;
que á tí y á las agujas
profese algun afecto,
y no dudes, amigo,
que estarás en tu centro.

*Niñas, ¡ mucho cuidado
con los Dedales vuestros,
que son muy habladores,
y dicen sin rodeos
de vosotras, lo malo
lo mismo que lo bueno.*

*Dios quiera que os sirvan
de saludable ejemplo
para ser laboriosas
los Dedales del cuento.*



FÁBULA XXII.

LA MONA.

De una historia africana, de las muchas
Que cuenta Abul-Abbas, moro muy listo,
Vendedor ambulante de babuchas,
Con la ayuda de Dios hacer pretendo

Una fábula en verso castellano;
Y pardiez que lo entiendo,
Si el asunto que al género se presta,
Desarrollo en estilo liso y llano.

Por si al lector la introduccion molesta,
Basta de introduccion, la historia es esta.

En una selva oscura, enmarañada,
Entre dos riscos escarpados, secos,
Vivia allá en Marruecos,
En cóncava guarida,
Una familia mona distinguida,
De cuyas tierras y blasones era
Una jóven Monita la heredera.

Jóven de cualidades excelentes,
De incomparable gracia y hermosura,
Segun el parecer de sus parientes.

Y es la verdad que se pintaba sola
Nuestra preciosa dama,
Para cruzar con garbo la espesura,
Saltar de rama en rama,
Tregar al risco de mayor altura,
Tenderse á la bartola,
O bailar cual ligera perinola.

Víctimas de la moda y la elegancia,
Quieren los padres que se eduque su hija
En un colegio de París, en Francia.

Léjos de su familia, con extraños,
Reuniendo un caudal de gusto y ciencia,
La Mona pasó en Francia muchos años
Haciendo cuadros al pastel perversos,
Gimnasia, gorgoritos y visitas,
Y detestables versos.

Vuelve por fin á la paterna casa,
En donde nada encuentra que le cuadre;
Nada siente con fria indiferencia
Al abrazar por fórmula á su madre,
Y está con repugnancia en la presencia
De su ya anciano y venerable padre.

¡Oh desgraciados viejos!
Ellos la causa de sus males fueron;
Y el error, aunque tarde, comprendieron
De los que educan á sus hijas léjos
Del benéfico hogar en que nacieron.

La delicada Mona huia apénas
Se hablaba de domésticas faenas,
Porque era en las *soirées*, segun el cuento,
Donde mejor sus múltiples encantos
Mostraba y su talento.

Todos los que la casa visitahan,
Del trato de la Mona señorita
Prendados se quedaban;
Que jamás en visita
Fué mujer más cortés ni más amable,

Ni maneras mejores
Que las de nuestra Mona darse pueden
Para hacer de la casa los honores.

Pronto de tal belleza y tan buen tono
Perdidamente enamoróse un mono.

A practicar las diligencias pasan,
Y en el tiempo oportuno,
Los jóvenes se casan.

Bendice el mono su fortuna loca,
Porque piensa vivir en una balsa
De aceite con su joya inestimable;
Mas ¡hay! el pobre mono se equivoca,
Que era la Mona joya, pero falsa:
Pues á los cuatro meses no cabales,
De haberse celebrado el matrimonio,
De las mantas nupciales,
Como suelen decir, tiró el demonio;
Descubriéndose al punto que la esposa
Era para el hogar desaliñada,
Y necia y negligente y caprichosa.
Por lo cual, el esposo,
Harto de presenciar tales excesos,
En busca de reposo,
Por evitar la gorda *tremolina*,
Un dia dijo: — Vuelvo;
Y se marchó á la China;
Y á la Mona despues le cupo en suerte

Vida infeliz y desastrosa muerte.

*Todo fué consecuencia inevitable
De una moda, en verdad muy censurable:
Quien educaros quiera en tierra extraña,
Os engaña, y se engaña.
Para evitar el proceder malvado
Que en la Mona del cuento habeis hallado,
—No lo dudeis, lectoras,—
Colegios tiene España, y Profesoras.*

FÁBULA XXIII.

LA DALIA Y LA AZUCENA.

Vecinos vivian
en una floresta ,
el pié de una Dalia
y el de una Azucena ;
y entrambas corolas
estaban tan cerca ,
que á un tiempo las aguas
bañábanlas frescas
de seis surtidores,
que en forma de estrella
brotaban regando
las flores y yerbas.

¿ He dicho bañaban ?...
No es cierto, pues necia
la Dalia holgazana
jamás por pereza
lavó su corola
de polvo rellena ;
antes la muy... vaga ,
(callo por decencia

la voz castellana
que decir debiera ,
y que el gran defecto
de la Dalia expresa.)
Antes, digo, huia
del agua , aunque atenta ,
le daba y juiciosa ,
y amable y discreta ,
consejos y ejemplo
la blanca Azucena ;
que , limpia y de puras
costumbres , apénas
del polvo sentia
las súcias moléculas ,
su nivea corola ,
del agua benéfica
al salto acercaba
con gusto y resuelta.

.....
Por falta de aseo ,
la Dalia , ya enferma ,
poníase mústia ,
raqúitica y fea ;
secándose al cabo
sin que una doncella
su aliento postrero
guardase en las hebras

sedosas y largas
de su cabellera.

No así la flor pura,
no así la Azucena;
que por su esmerada,
constante limpieza,
cada vez estuvo
más sana y más bella;
y al cabo llevada
por mística oferta,
el dulce suspiro
de su última esencia
al pié de una virgen
exhala en la iglesia.

*Yo sé que con gusto
te lavas y peinas,
y limpias los dientes,
y, en fin, que te aseas,
lectora, y me alegro,
me alegro de veras;
pero por si acaso,
es bueno que sepas
cuanto de la Dalia
y de la Azucena
para tu gobierno
la fábula enseña.*

*Yo, sólo te digo
de mi propia cuenta,
que es y será siempre
sin que duda quepa,
vicio el desaseo,
virtud la limpieza.*

FÁBULA XXIV (1).

ó

CUARTO APÓLOGO-LEYENDA.

HISTORIA DE UNA GATA.

I.

Cuenta una historia que nació Minina,
Gata de larga cola y piel muy fina,
Allá de Marzo en la postrera luna
De un año rico en gatos. Fué su cuna
Humilde por de más, pues vino al mundo

(1) No desconozco que muchas composiciones de las que titulo fábulas, especialmente en el libro segundo, no reúnen las circunstancias literarias que á este género exige el arte poética: conste que así lo comprendo, aunque siga el ejemplo de autores modernos de merecida reputacion que tambien han llamado fábulas á los cuentos, historietas ó leyendas sencillas de que se deduce una verdad práctica ó una máxima moral, y cuyos personajes son indistintamente hombres, animales ó seres inanimados. He traspasado, sin duda, los límites de esta censurable costumbre; pero con la sana intencion de dar más novedad á los asuntos, y acomodarme más al gusto de mis jóvenes lectores, sin perder de vista, por cuestion de nombre, el *instruir y moralizar deleitando*, que es el triple objeto á que se debe aspirar en todo libro, y muy particularmente en los que como este han sido escritos para la niñez, y sin pretensiones de merecer el señalado favor de llamar la atencion de la noble, imparcial y bienhechora crítica literaria.

En un desvan oscuro y nauseabundo,
Sobre pedazos de prodrido cuero,
En la casa de un pobre zapatero.

Los padres de la Gata eran honrados,
Aunque oscuros y un poco abigarrados;
De la gente que come si trabaja...
Eran, dicho se está, de clase baja.

Mas la cria de fosca y larga cola,
Pudiérase llamar gata de Angola:
Era esbelta, elegante y con más gracia
Que toda la gatuna aristocracia.

Tenia esa finura, ese atractivo,
Carácter peculiar y distintivo
Del gato que ha nacido en almohadones,
Y que come perdices y pichones.

La Gatita creció; y al ver su traza,
Se olvidó de su clase y de su raza,
Y, siempre delicada y melindrosa,
No pensó la infeliz en otra cosa
Que en el prendido, arreglo y compostura
De su ya celeberrima hermosura.

Cruzaba el obrador por compromiso;
Y ni una vez siquiera mirar quiso
Cómo tiraba el *remendon* del cabo...
Sacudiendo la pata, en alto el rabo,
Y oliendo el suelo para no ensuciarse,
Despacito llegaba á colocarse

Al umbral de la puerta donde lista,
Por ver lo que pasaba, y por ser vista,
Después que se lamia y se lavaba,
Las horas y las horas se pasaba.

Compréndese que en tanto los ratones
Corrían por la casa en escuadrones,
Libres de gato, sin temor ni susto,
Royendo en todas partes á su gusto.

¡Pues no faltaba más que la Gatita,
Tan limpia, delicada y señorita,
Fuese á manchar sus uñas y sus dientes
En bichos asquerosos é indecentes!
¡La posición social á que aspiraba,
De tal baja labor la separaba!
Esto, dice la historia en un pasaje,
Daba al del tirapié grima y coraje.
Y afirma el manuscrito en una nota,
Que un día el zapatero asió una bota,
Y dió á la Gata tan cruel botazo,
Que á poco más la rompe el espinazo.

De un tratamiento tan feroz, Minina
Se quejó amargamente á la vecina,
Jóven y bella señorita, esposa
De un alto funcionario. Cariñosa,
La queja de la Gata oyó la dama,
Disponiendo en seguida que á la cama
Se traslade en almohadas á la enferma,

Y que hagan lo posible porque duerma.

Dos trocitos de lomo bien tostado,

Y cuatro mimos, fuera de cuidado

Pusieron á la Gata en el momento...

Despues oyó con el mayor contento,

Que la graciosa dama le decia:

—Conmigo vivirás, hermosa mia,

Que nádie como yo sabrá quererte.—

¡Digo, si la Gatita tuvo suerte!...

Moda, lujo y opípara comida;

Sin pensar en ratones en la vida,

Ni ver de tirapié rastro ni sombra,

Saltando inquieta por la muelle alfombra,

Con la fortuna en dulce maridaje,

La señorita Gata en su hospedaje,

Tocaba, pues, la realidad del sueño

Que su mente forjó con tanto empeño.

Mas como al cabo la fortuna es diosa

Cortesana, mudable, caprichosa...

Y ninguno á sus vueltas se resiste,

Puso á Minina en situacion bien triste.

II.

Era una noche oscura. En el tejado

Consumábase un bárbaro atentado...

Minina, la Gatita era robada,

Y á un arrabal lejano trasladada.
Cuando á la vida la infeliz volvía,
En un mugriento cuarto se veía...

Tendió la vista en derredor, en vano...
En vez de las butacas y el piano,
La alfombra, los espejos, las arañas...
Grietas vió, mucho polvo y telarañas.
Mayó luégo con voz conmovedora,
Llamando á su querida protectora;
Y entónces ¡ay! se presentó una vieja
Con una moribunda candileja...
Vieja súcia, gangosa y encorvada,
Que así dijo á la Gata desdichada:

—No hay por qué suspirar, pues cuanto quieras
Tendrás aquí: ratones, correderas,
Murciélagos, lagartos, lagartijas...
Y además otras muchas sabandijas:
Nunca se vió ninguno de tu raza
En sitio que abundase más la caza;
Y como tú serás de olfatto fino,
Y lista garra, cazarás sin tino...
Conque, ¡adíos, buena alhaja... no me gruñas!..
Y afila bien los dientes y las uñas.—
Creyó al pronto la Gata muy posible
Víctima ser de pesadilla horrible;
Mas harto presto la verdad desnuda
Sacó á la prisionera de la duda;

Tuvo la pobre cada vez más hambre,
Y no vió ni perdices ni áun fiambre
Al pasar por los lóbregos rincones...
En cambio paseaban los ratones
Con el mayor descaro por delante
De la hambrienta Minina. Repugnante
Le era la caza como echarse en lodo;
¡Pero necesidad lo vence todo!...
Quiso cazar, más ¡ay! en la carrera,
Al recodo, en el salto y en la espera,
Burláronse raton, lagarto y rata,
De las débiles uñas de la Gata.

Y ella que por plácemes insensatos,
No supo lo que saben otros gatos,
Víctima fué del ocio y la torpeza,
Muriendo de miseria y de tristeza.

*Guarda, niña, por siempre en tu memoria
La precedente historia;
Cual la Gata del cuento, en pos del vicio
Muchas jóvenes van al precipicio:
¡Ay de ti, si cediendo al mal influjo,
Dejas casa y labores por el lujo!*



FÁBULA XXV.

EL CORRO.

*No creais que impertinente
sólo trabajo os deseo;
no es así; pues digo y creo
que es justo y es conveniente*

tras del trabajo el recreo.

*Pero no lleveis á mal
si necios juegos censuro,
y á una costumbre fatal,
poner remedio procuro
con una leccion moral.*

*Nunca en el Corro canteis
las sandeces que cantais:
si en algo el deber teneis,
jamás al deber falseis
como en el Corro faltais.*

*Que causa lástima el veros
como manchais imprudentes
vuestros labios hechiceros
con cantos inconvenientes,
insulsos y majaderos.*

*Si quereis cantar, libritos
en forma al decoro fiel,
teneis para el Corro escritos,
con asuntos muy bonitos
para cantarlos en él.*

*Hasta el Apolo del Prado
del Corro está descontento;
y el dia ménos pensado
será un hecho consumado
lo siguiente, que hoy es cuento.*

Cantaban alegremente
de su Corro las canciones,
junto á Las Cuatro Estaciones,
del Prado preciosa fuente,
varias niñas, cuyas gracias
resaltaban más y más,
bañadas en luz del gas
y suave aroma de acacias.

Mas estas niñas hermosas
— ¡Vaya un extraño contraste! —
daban con su gracia al traste,
cantando tan feas cosas,

que de vergüenza corridos,
el Otoño y el Invierno,
trinando en su fuero interno,
se taparon los oídos;

y Primavera y Verano,
después de sonrojos mil,
del escándalo infantil
quisieron librarse en vano,

pues siguieron las canciones,
que cada vez fueron siendo
un martirio más horrendo
para Las Cuatro Estaciones.

Por fin, Apolo, cansado,
de escuchar tales sandeces,
llamó á las niñas tres veces,

al orden, sin resultado ;
por lo cual, montando en ira ,
le quita al Invierno el gorro,
y por deshacer el Corro ,
del Corro en medio le tira.

Mas diz que , aparte de susto,
y confusion consiguiente ,
no hizo Apolo felizmente
daño á las niñas : fué justo.

Porque el Númen al lanzar
aquel gorro de granito,
quiso y supo su delito
al culpable hacer pagar ;
y sólo hizo contusiones,
aunque leves y ligeras ,
á las amas y niñeras ,
autoras de las canciones.

FÁBULA XXVI.

EL ROSAL Y LA YERBABUENA.

Dos tiestos de porcelana
de figura singular,
á la preciosa Lucila
le regaló su mamá ;
el uno con Yerbabuena ,
y el otro con un Rosal.

A entrambas plantas la niña
cuidó con tan tierno afán ,
que en breve hermosas se vieron
y lozanas á cual más ;
pero por una simpleza
—que no pude averiguar—
los tiestos dice la historia
que rompieron su amistad ,
y no llevándose bien ,
sino queriéndose mal ,
á insultarse ya dispuestos ,
y á odiarse dispuestos ya ,
parece que la venosa ,
asperota , *lenguaraz* ,

desenvuelta Yerbabuena
se burlaba del Rosal ,
llamándole por desprecio,
y faltando á la verdad ,
presumido adorno inútil ,
señorito vejetal ;
mientras ella , exagerando
su importancia en el hogar ,
era la que presumia
de su inmensa utilidad
para diversos guisados ,
apellidándose gran
artículo importantísimo
gastronómico-social ;
del noble arte de cocina
imprescindible auxiliar ;
de la fama culinaria
génio , impulso y pedestal.

Esto que supo Lucila ,
niña buena y perspicaz ,
le dijo á la Yerbabuena :
— « Señorita , basta ya
de insultos á quien reune
adorno y utilidad ;
que si es usted condimento
muy aceptable , el Rosal
en las hojas de sus rosas

sabe, haciendo bien, guardar
para los ojos enfermos
la virtud medicinal:
es, pues, útil como usted,
y acaso, acaso, algo más;
porque él á lo útil añade
los adornos que le dan
su fragancia, sus colores,
sus formas y su beldad;
y por entrambos conceptos
á usted le preferirá
toda persona sensata
y de un gusto regular.»

Lucila dijo verdades
á la Yerbabuena audaz,
de las cuales se deduce
esta importante verdad:

*La primera educacion
es sin duda la esencial:
antes que primor, labores
de inmediata utilidad;
—esto de diversos modos
os lo tengo dicho ya;—
pero la niña que pueda,
debe con gusto estudiar
música, idiomas, dibujo.....*

*porque nunca estan de más
adornos y habilidades
que, sirviendo de solaz,
y de inocente recreo
nuevo atractivo darán
á las niñas que ya saben
las faenas del hogar;
como fragancia y belleza,
y forma y colores, dan
nuevo mérito, atractivos,
y gracias, en el Rosal,
á las rosas que ya tienen
la virtud medicinal.*

FÁBULA XXVII.

LA ARDILLA Y LA CORDERA.

Fué de una Ardilla
rápida, inquieta,
de las más locas
y turbulentas,
intima amiga
una pequeña,
tímida, dócil,
blanca Cordera.

Juntas saltaban
por las praderas,
aunque las hizo
naturaleza
de inclinaciones
harto diversas;
porque la Ardilla,
como más vieja,
y más astuta,
vencia diestra
las objeciones
de la Cordera,
que humilde y mansa,

de miedo llena ,
iba al principio
por las laderas
trás de su amiga
marchando apénas ;
mas la costumbre ,
tales empresas
fué haciendo al cabo
más hacederas ;
y el mal ejemplo
de la traviesa ,
y audaz Ardilla
visto de cerca ,
hizo muy pronto
que la Cordera
fuese en los saltos
y en las piruetas ,
sino valiente ,
casi resuelta ;
cuyos progresos
caros le cuestan .

Por no ser ménos
la pobre necia
que su amiguita ,
corre trás ella
por las vertientes ,
y loca trepa

de risco en risco,
de peña en peña ;
con que á la incauta,
pobre , inexperta ,
Cordera ponen ,
con gran frecuencia,
sus amistades
en calzas prietas.

Un dia al cabo ,
con planta incierta ,
un precipicio
cruzar intenta ,
trás de la Ardilla ,
vacila... tiembla...
y al fin se escurre ,
y al fondo rueda.

*Hay amistades
que son perversas :
pues que se pagan
con la existencia,
cuando por malos
camino*s llevan.

*Cuidad, lectoras,
que siempre sean
vuestras amigas
pocas y buenas.*

ÍNDICE.

ASUNTOS.	Páginas.
A LOS PADRES Y PROFESORES.....	3
A LOS NIÑOS.....	5
La Abuelita.....	6

LIBRO PRIMERO.

El Juicio de Júpiter.....	13
El Escultor y el Paleta (<i>lámina</i>).....	15
El Ingerto.....	18
La Precocidad funesta.....	19
El Ignorante.....	20
El Buho y el Sapo.....	23
La Raposa y el Gato (<i>lámina</i>).....	26
La Familia odiosa.....	30
El Cronómetro inglés ...	31
Un Vago de sangre azul.....	33
El Gloton.....	35
El Galgo y el Puchero.....	36
El Concierto (<i>lámina</i>).....	39

El Milano	42
La Cocinera y el Pinche.....	43
El Alcalde y el Monago.....	45
El Muchacho y la Cometa (<i>lámina</i>).....	49
El Loro y el Gato.....	53
Las Hojas y los Ojos	57
Los Sueños.....	59
La Losa y la Piedra.....	60
Los dos Hidalgos.....	63
La Velea y los Puntos cardinales.....	64
La Hiedra y la Enredadera.....	66
Júpiter y el Topo	68
El Filósofo y el Ganso (<i>lámina</i>).....	70
La Abeja y las Mariposas.....	73
El Niño artista	76
El Pichon	81
El Huracan y el Polvo	83
Los Leones y los Toros (<i>lámina</i>).....	84
Lúcas y sus Gatos.....	88
Los dos Ratones y la Telaraña.....	90
Historia de un Gaban.....	92
El Libro del Burro.....	99
El Perdiguero y los Libros (<i>lámina</i>)....	101

LIBRO SEGUNDO.

Las dos Lámparas	105
La Rosa coqueta.....	108
La Cisne y sus Polluelos.....	110
La Urraca.....	112
Las Cartas del Cielo (<i>lámina</i>).....	113

La Cotorra	118
La Niña y la Tórtola.....	119
La Apuesta.....	122
Los Peces	125
La Bella y el Campo	128
Las Plegarias (<i>lámina</i>).....	130
La Polla y las Gallinas.....	135
La Galga inglesa	137
El Huerto y el Agua.....	140
La Tortuga y el Potro	143
La Golondrina	144
El Entierro del Canario (<i>lámina</i>).....	147
Las Palomas, el Milano y la Garduña.....	150
Las Gotas del dolor	153
La Lechuza y la Tórtola.....	155
Los Dedales	158
La Mona (<i>lámina</i>).....	162
La Dalia y la Azucena	167
Historia de una Gata	171
El Corro (<i>lámina</i>)	177
El Rosal y la Yerbabuena ...	181
La Ardilla y la Cordera	185

Este libro se halla de venta, á 4 rs. en holandesa y 3 en rústica, en las librerías de *Hernando*, Arenal, 11; de *Rosado*, Caños, 5; de los *Hijos de Vazquez*, San Bernardo, 17, y en las principales librerías de Madrid.

Los pedidos de Provincias y de Ultramar se dirigirán al autor, plaza de Navalon, núm. 2, cuarto 3.º, remitiendo el importe en libranzas de fácil cobro, ó por medio de comisionados.

Se hará una rebaja proporcionada al pedido.

